



CERTAMEN
INTERNACIONAL
DE LITERATURA 2020
Infantil y Juvenil FOEM

GANADOR

MARIO ALBERTO
MEDEL CAMPOS
“Efyl Rotwailer”

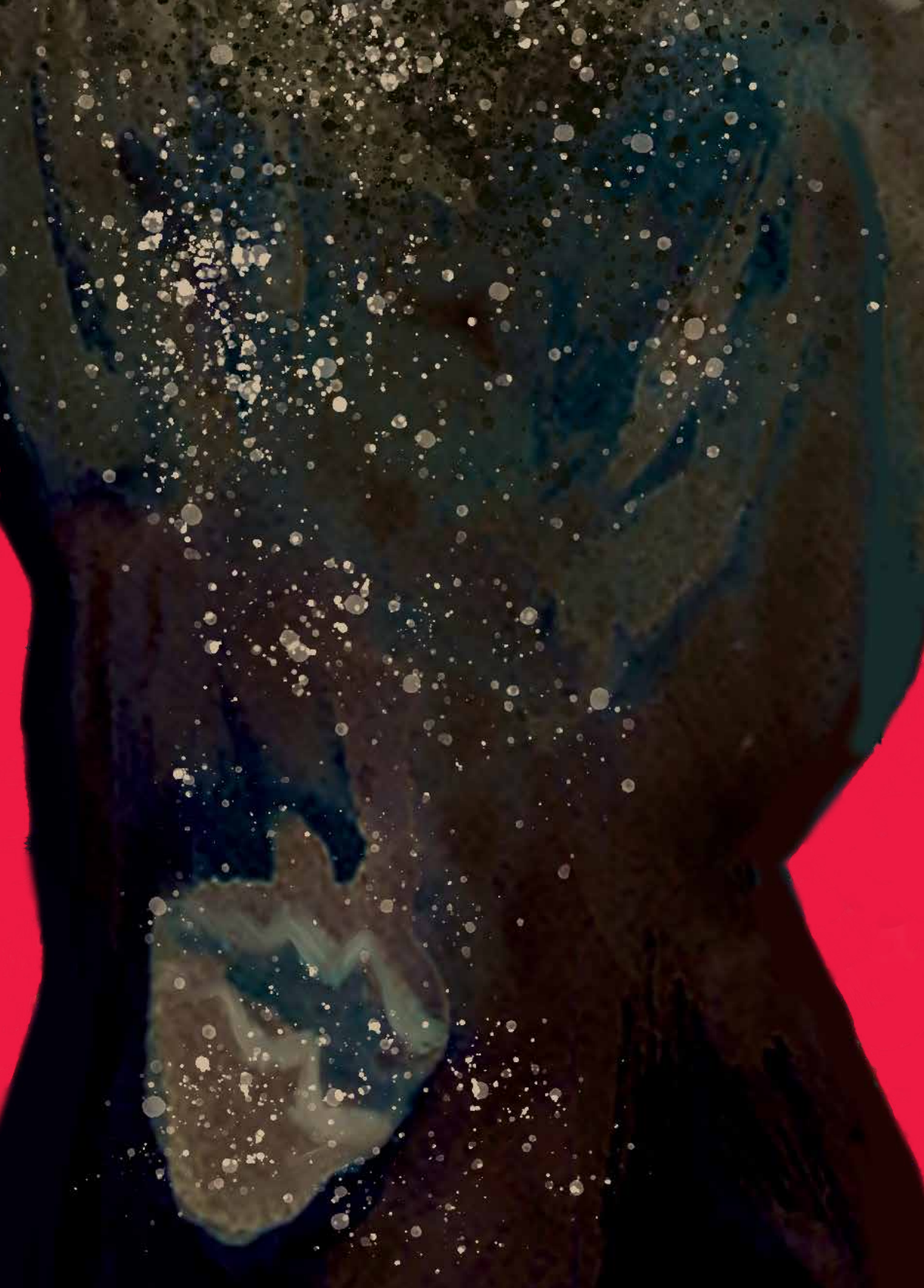
La Mujer del Velo

(Travesías raperas)

Ilustraciones:
Eligio Ortiz Santana









La Mujer del Velo

(Travesías raperas)

Mario Alberto Medel Campos obtuvo el premio único de Novela Juvenil en el Certamen Internacional de Literatura Infantil y Juvenil FOEM, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2020. El jurado estuvo integrado por Andrés Acosta, Eduardo Villegas y Enrique Villada.

COLECCIÓN LECTORES NIÑOS Y JÓVENES

Literatura juvenil

La Mujer del Velo

(Travesías raperas)

MARIO ALBERTO MEDEL CAMPOS “EFYL ROTWAILER”

Ilustraciones: Eligio Ortiz Santana



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricioli, Rodrigo Jarque Lira,
Gerardo Monroy Serrano, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

Secretario Ejecutivo

Alfredo Barrera Baca

La Mujer del Velo (Travesías raperas)

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2021

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Mario Alberto Medel Campos, por texto

© Eligio Ortiz Santana, por ilustraciones

ISBN: 978-607-490-343-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

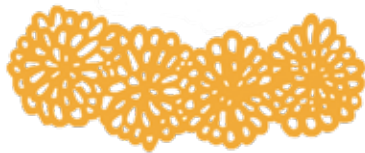
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/07/21

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Dedicado a mi abuelita, que de niño me cuidaba,
a mi tía y a mi tío, que en la rima y en mí confiaban.
Cuando nadie me apoyaba, dijiste mi hijo es rapero;
lo logré, mamá, sigo en pie, soy un guerrero.
La falta de un padre no me ha afectado,
desde pequeñito jamás me has abandonado:
“No siempre es nocivo amar una ilusión”.
El rap me lo dio todo, yo le di mi corazón.
4p, la Voca 4, al Simón y lo que fue ayer,
dos contra el mundo fuera del mundo soliendo ser...







De un fantasma chocarrero

Noche de árboles sin hojas, arbustos ennegrecidos. Al estar el Roque cerca del Tanque, en las callejuelas más intrincadas del barrio, megaclavado con lucidos aerosoles, sus *bombers* en una pared, cada línea plasma anhelos y frustraciones acompasados por ritmos de música rap en sus audífonos que —sin saberlo ni sospecharlo— resguardan el *soundtrack* de lo que vivirá. Sus manos eran las de un pintor trazando una obra de arte legal o clandestina (el punto era expresarse) bajo el resguardo de una pesada oscuridad que cobijaba sus grafitis iluminados por el foco amarillento de una tienda que permanecía cerrada a esas horas, con el deseo de que los demás vieran lo que era capaz de hacer con esas ráfagas irisadas de espray que penetraban las grietas del muro para plasmar sus dibujos; adrenalina corriendo por su cuerpo, el viento nocturno se combinaba con su respiración, latidos acelerados, nerviosismo pero emoción cómplice de lo ilegal, el aire provocaba que el aerosol se regresara a su cara, por eso la cubría con una mascarilla para no inhalarlo. Ansioso por ver su pinta a la mañana siguiente y no creer que sea suya, diestro con sus manos, controlaba su pulso, sus emociones, tenía un objetivo colorido y lograrlo requería de temple y nervios de acero. De repente, al Roque lo distrajo una presencia por demás extraña que lo llevó a sentir que el tiempo se detenía, a girar

lentamente la cabeza hacia el lado izquierdo de esa barda descascarada y percatarse de que a escasos metros había un largo vestido roto y deshilachado que traslucía la escasa luz de la tímida luna que se negaba a salir entre grisáceas nubes. Era la temida Mujer del Velo, que lo observaba fijamente (o al menos dedujo que lo hacía, ya que no recordaba haberle visto el rostro en forma clara). “Ser grafitero no es tan fácil”, pensó el Roque.

La primera reacción del Roque fue de terror, una angustia que pese a su temple no pudo controlar, que le impidió moverse, cerrar los ojos y huir ante la aparición. Dirigió hacia el suelo su mirada, pero donde esperaba ver un par de pies no halló más que el vacío y la transparencia de ese largo vestido negro que ondulaba de izquierda a derecha por alguna ráfaga de aire. “Ser grafitero no es tan fácil”, pensó el Roque.

Seguro de que la figura que estaba ante sus ojos no era una anciana de las que deambulaban por todo el barrio —quejándose de qué barbaridad, esos vagos no respetan nada, siempre rayando las paredes de las casas— y eran freno para las expresiones artísticas de alto nivel que llevaban a cabo los grafiteros, el Roque, con la agilidad que le daba ser joven, tomó sus botes, los introdujo en su mochila de asas y dos compartimentos (uno pequeño donde traía su *blackbook* —cuaderno en el que se realizaban, sin importar que fuera de día o de madrugada, los bocetos que se llevarían a la pared— y el *rhimebook* —empastado que guardaba celosamente las rimas raperas—) y corrió como nunca lo había hecho para su casa. “Ser grafitero no es tan fácil”, pensó el Roque.

A pesar de que la distancia no era larga y al Roque le gustaba practicar el basquetbol, siempre con sus tenis Air Force One (“Que se diga que el primer paso que di en el rap fue con ellos”, presumía), sintió un gran peso en sus pies, y parecía que a cada momento se alejaba más de su casa. Estaba seguro de que atrás de él venía la Mujer del Velo; las leyendas sobre ella en el barrio eran perturbadoras, de alaridos, causa de que varios trasnochadores aparecieran con el rostro desfigurado por el miedo. No debía voltear, sino correr, correr. Al llegar a su casa, el Roque saltó la cerca metálica —pues, como buen grafitero, era diestro en escalar— que separaba un pequeño patio adornado con macetas de barro y flores albinas que su madre cuidaba con esmero, y se desplomó con el poco equilibrio característico de un venadito recién nacido. El ruido del golpe despertó a su mamá, quien dormía en la habitación que daba directo al patio. Lo peor de que lo hubieran espantado fue que su madre se dio cuenta de que por las madrugadas él se escapaba para grafitear. Dura regañiza que le dio, acompañada de sendos coscorriones, y el Roque ni tiempo tuvo de explicarle que había visto a un espíritu chocarrero, a la Mujer del Velo, a la que en el barrio todos temían encontrarse.

—Esto es culpa de tus amigos grafiteros; pero ya verás, condenado chamaco... Ahora vete a dormir —lo amenazó su mamá sin hacer caso de sus balbuceos ni darle siquiera un bolillito para el susto que provocaba que sus manos temblaran, y, si el Roque se hubiera visto en un espejo, se hubiera vuelto a espantar de lo pálida que tenía la cara.

Ya bajo el refugio que dan las cobijas, en la seguridad de su habitación, con el respirar intranquilo de su madre en la otra recámara,

que pronto se convirtió en fuertes ronquidos, el Roque aventó al suelo su mochila, se desvistió, dejó la bermuda encima de la cama junto con la playera del estampado “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque de ella serán saciados”, puso las cadenas de imitación de oro en la cabecera, se quitó sus tenis Air Force One (“Que se diga que el primer paso que di en el rap fue con ellos”, presumía) —a los que cuidaba de no manchar de pintura, así que tenía unos específicos para cuando iba a grafitear—, se fijó que su reloj marcaba las dos y media de la madrugada y comenzó a cuestionarse cómo él, adolescente fresón, ¿qué tenía que andar grafitando en la madrugada con el gusto de la música clavado en sus huesos?, ¿qué acaso su mamá y sus maestros no le enseñaron a respetar las costumbres y no andar en contra de las buenas conciencias?, ¿de dónde venía ese espíritu chocarrero? y ¿qué deseaba la tan temida Mujer del Velo con él?

Ante la inquietante última pregunta, el Roque, en la soledad de su cuarto, se enfrentó a la realidad olvidada por muchos: la oscuridad, zona y espacio lleno de mitos, leyendas, temores, complicidades, compañera de villanos y crímenes, alforja de leyendas espeluznantes, más cuando has visto una película de terror o leído un libro de suspenso que sugestiona tu mente, peor aun si has escuchado de algún suceso paranormal, de muñecas que caminan solas, de voces que llegan del terreno de los muertos, de exorcismos que son reales. Recordó que su madre estaba en su recámara; entonces se levantó y fue en su búsqueda para que le diera consuelo y refugio ante ese miedo que le aplastaba los sentidos. Trató de acostumbrar su vista a la



penumbra, caminar a tientas, mas, al no percibir con claridad el entorno, adaptó sus sentidos para estar en paz, para ordenar sus ideas y su mente con el fin de no sugestionarse por esas leyendas —a cada instante volteaba a su alrededor con la sensación de ser observado por la Mujer del Velo—, pero tropezó con unos muebles que olvidó que estaban ahí, lo que le hizo maldecir en voz baja y recordar algo que decía el escritor Alfonso Reyes: “No hay pata de la mesa que pueda atreverse a decir (o es una descarada embustera): ‘Nunca te he pegado en las espinillas’”.

—Ya estuvo que me moriré solo —exclamó desalentado el Roque al ver que la habitación de su madre estaba cerrada; sólo se oían ronquidos, y sabía que si la despertaba le lloverían coscorriones y un nuevo regaño.

Un ruido en la calle interrumpió sus pensamientos. Se acordó del espíritu chocarrero, regresó corriendo a su cuarto para lanzarse a la cama, se cubrió con sus cobijas como cuando era niño y abrazaba más a sus peluches como si las sábanas, los sarapes, lo volvieran invisible a los “monstruos”, y sus muñecos de felpa lo defendieran de sus temores. Así que, sin importarle su apariencia rebeldona de adolescente inconforme ante la sociedad, tomó su pingüino de peluchito de nombre Guz Guz y se escabulló entre las sábanas. Orgulloso y victorioso por haber despistado a los “fantasmas”, pudo estar tranquilo (aunque reconoció que hubiera sido más fácil investigar las causas de aquel enigmático sonido que alteró sus nervios), pero ¿qué acaso no han visto películas de terror?

El que investiga muere. Sólo bastaba recordar películas...

Las del Freddy Krueger y sus pesadillas en la avenida del averno; *Viernes 13*, con el Jason y sus secuenciales resurrecciones; *Scream*, con inmortal frase: “Whats your favorite Scary Movie?”; *Halloween*, con la mala suerte que te llevaba a encontrarte con Michael Myers; *Jeepers Creepers*, cuando baja uno de los ingenuos hermanos a investigar al sótano de una vieja iglesia cristiana; *Leatherface*, con su imperdonable sierra en *La masacre de Texas*, o los xenobitas, con su picudo líder Pinhead y sus tentaciones mundanas.

Eso sin olvidar las películas mexicanas de este tipo que de tan malas, buenas. Como *Vacaciones del terror*, con Pedro Fernández y una muñeca diabólica (más tétrica y peligrosa que Anabelle de *El conjuro*); *Cementerio del terror*, protagonizada por el higadito Hugo Stiglitz; *Ladrones de tumbas*, con los despistados Ernesto Laguardia y Erika Buenfil, y *De terror y encajes negros*, con la perenne Maribel Guardia, películas bajo la premisa de que el que investiga muere.

El Roque, ya muy sugestionado por recordar todos esos filmes, no podía razonar de manera normal, cuando se percató de que eran las tres de la mañana.

¿Dios, por qué esta hora?

Si Roque tenía cierta cordura, la perdió. Su mente empezó a viajar por los confines acerados del miedo. Recordó que Jesucristo murió crucificado a las tres de la tarde y, en contrapunto, “la hora satánica” era las tres de la mañana. A dicha hora los entes salen del bajo astral. Y eso era preocupante.

—¡No puede ser! —exclamó el Roque al oír de nuevo un ruido en la calle y apretó fuertemente contra su pecho a Guz Guz, el



protector pingüino de peluche. El ladrido constante de los perros de una vecina abrió el pórtico del terror del Roque, quien se tapó más con las sábanas sin soltar ni por un momento al Guz Guz.

Los investigadores de lo paranormal afirman que si despiertas a las tres de la mañana es porque una energía o demonio te está observando; si te da sed y vas por algo de tomar es porque dicho ente quiere observarte de pie; algunas aldeas y poblados repican las campanas justamente a esa hora con la idea de alejar el mal, por la creencia de que los entes del bajo astral no soportan el sonido de las campanas (seguramente en esta creencia se basaron los guionistas del Hombre Araña cuando Venom abandonó el cuerpo de Peter Parker en la película *Spiderman 3*). Todo esto pensó el Roque bien oculto entre cobijas. También recordaba sin querer la letra de la canción “3 a. m.” del rapero Eminem, que alude a un terrible suceso: “Son las tres de la mañana, pongo mi llave en la puerta y... / hay cuerpos yaciendo en el suelo. / No recuerdo cómo han llegado hasta allí, pero supongo / que debo haberlos matado... / Muerdo y rajo, rebano y corto. / La pasada noche fue un desparrame. / No puedo recordar cuándo tuve eso”. Y aumentó el miedo del Roque, el sudor en su piel, el castañear de dientes, al tararear inconscientemente otra canción rapera de un tal Efyl, titulada “Insomnio”: “Son las tres de la mañana, me levanto de repente, / de nuevo aquella voz jugando con mi mente, / me miro frente al espejo, reflejo de oscuridad, / una pequeña sonrisa abre paso a la maldad, / mis pulsos acelerados y un extraño escalofrío”.

Para darse valor, el Roque se destapó un poco por ver si ya amanecía. Juró que al día siguiente platicaría con su amigo el Ezka de ese encuentro espectral, aunque de seguro no se lo creería. Pero eso sería después. Ahora Roque tenía mucho mucho sueño y se quedó dormido. Nunca supo que la Mujer del Velo se alejaba rumbo a otros callejones.

El largo y vaporoso vestido flotaba lejos del suelo hacia lo más intrincado del barrio, cerca del Tanque; ahí esperaba, acucillado sobre la banqueta, un joven que parecía dormir, cubierto con una sudadera blanca, pero al notar aquella presencia, levantó la mirada y vio cómo la Mujer del Velo se fundía lentamente en la pared. El joven se irguió despacio, dolido por sus piernas enfermas, se acomodó la sudadera y sintió hambre, mucha hambre, como si en todo un año no hubiera comido. Comenzó a deambular por las callejuelas y, cada vez que alguien se acercaba, él se escondía entre las sombras, donde sólo se veían brillar sus ojos rojos. Vio un puesto de tacos en el que apenas freían la carne, alumbrado por pardo foco. Cuando acabó de comer regresó al Tanque y se diluyó como sombra.







Primer día, 29 de octubre

—Qué nervios, mi Ezka, hoy será tu primera pinta con todo el crew para ver si te aceptan. No vayas a fallar porque mamita te regaña.

—¡Ya estuvo, mi Ares!

—Es que varias noches me has dejado plantado. Esto no es un juego.

—Relaja la raja, mi Ares.

—Puras fallas contigo.

—¿A qué hora es la pinta y dónde?

—En la noche, a las diez, allá por el Tanque.

—¿Dónde?

—Si nos va bien, vamos a plaquear las bardas con unas bombers.

—Pero, en serio, ¿allá por el Tanque?

—Te tienes que lucir con lo que pintes, mi Ezka.

—Pero, pero... es el Tanque, ahí ni las moscas se paran por eso de la Mu... ¿A qué hora voy a llegar a mi casa? Mis jefes me van a regañar si se dan cuenta.

—Ármate con lo que tengas en tu casa. ¿Tienes botes chidos o erizos?

—Ahí dos dos.

—¿Y de dónde los botes chidos?

—Pues de lo que ahorra para mis tenis...

—¿Los Air Force?



—No, éstos sólo los usa el Roque. Yo quiero unos Adidas de concha, son la onda entre grafiteros, raperos, diyéis y bailarines de break dance... Pero ahí será para la otra...

—Yo también quisiera usar ropita de la buena.

—Pues te urge, carnal; y esa sudadera blanca ya lávala.

—Ni pex, carnal, ya llegarán tiempos mejores. ¿Qué pintarás?

—Unos caracteres.

—¿De esos que parecen una caricatura? Rífese, mi Ezka. Y no falles en la noche, compa.

—Va, ya estás.

—No se te olvide hacer el boceto para hoy, mi Ezka.

—Ése no es el problema...

—¿Tons?

—Que vamos a estar por los rumbos del Tanque...







Travesías raperas

El Roque nació en 1985, el mismo año del terremoto que cimbró a Ciudad de México, destruyó edificios, resquebrajó unidades habitacionales, rasgó el aparato gubernamental, sepultó a miles de personas entre escombros y agarró a su tierna y menudita madre con él todavía en su vientre, caminando a su trabajo como cultora de belleza, ya que sus rumbos eran por la colonia Cove, en el poniente de la ciudad. A partir de los doce años, al salir de la primaria, el Roque conoció un mundo de rimas y ritmos. En su secundaria se hablaba mucho del rap, y en el recreo dos o tres de sus compañeros improvisaban rimas; él siempre se acercaba a escucharlos, y en su mente surgieron algunas que no se atrevía a decir por miedo a la burla. Pero poco a poco fue cambiando su vestimenta conforme iba conociendo más acerca de la cultura hiphop; empezó a usar pantalones de mezclilla muy holgados, de casi tres tallas más que la adecuada para él (en ocasiones para poder guardar los aerosoles en sus bolsas) o, por desenfado y comodidad, bermudas y playeras con estampados no tan comunes. Desde que decidió ser rapero, cuestionó el entorno adulto; mas también sus antiguos y actuales compañeros, al ver al Roque, se preguntaban por qué usaba cadenas gruesas de plata (no lo negaba, a veces sentía miedo de andar por las noches en esos barrios que Dios abandonó, pero el estilo es

el estilo) y trenzas en el cabello, lo que él hacía por el nivel que le daba andar y lucir así ante los demás raperos.

—¿Qué transa, mi Ares, cómo estás?

—Bien, ¿y tú, Roque?

—No me quejo. Hace como un año que te desapareciste, Ares. ¿Por dónde andabas?

—Por ahí, por ahí. Con ese peinado que traes pareces el negrito Bimbo.

—¿Qué pasó? Me lo estoy dejando crecer para hacerme las trenzas pegaditas. Ya sabes: a la línea, papá.

—Pues, mi Roque, cámbiate también esos tenis tan fregados.

—Ni de broma me quitaría mis Air Force. Ya sabes: que se diga que el primer paso que di en el rap fue con ellos. Véngase, mi Ares, le invito una torta de tamal.

Y es que el Roque por puritita terquedad calzaba orgulloso sus impecables tenis Nike Air Force One (“Que se diga que el primer paso que di en el rap fue con ellos”, presumía), lanzados al mercado en 1982 por el diseñador Bruce Kilgore, bajo el lema “Mejor que funcione”, con correa de tobillo para ajustarse al correr o saltar y suela de caucho para la tracción y durabilidad (el detalle que los hacía auténticos se encontraban en la icónica etiqueta metálica “AF-1” en los cordones). El Roque estaba orgulloso de tener en su cuarto un póster con cinco jugadores de basquetbol enfundados en trajes espaciales portando esos tenis. Pero ¿cómo este niño fresa que escuchaba música pop ahora se hacía llamar rapero y le gustaba el grafiti?, ¿de dónde venían sus letras que criticaban la riqueza

y la injusticia? A estos cuestionamientos respondía con actitud desafiante, sin importar que varias personas le dijeran que parecía vago por la manera en que vestía. No le afectaba. El Roque había estudiado los orígenes del hiphop y bien sabía que el rap era lo prohibido, un ritmo que nació en zonas de marginación allá por Estados Unidos, en Nueva York, en el metro del Bronx. Eran los años setenta del siglo xx, cuando algunos raperos fueron *dealers* que dejaron sus negocios para incursionar en la música rap y se convirtieron en grandes empresarios. Surgieron artistas del aerosol que a la postre se volverían íconos, como Taki 183, Tracy 168 o Super Kool 223, cobijados por la clandestinidad y perseguidos por la policía (como el Roque y sus amigos), situación que refleja la película de culto *The warriors*, en la que una pandilla callejera toma el metro desde el norte del Bronx hasta Coney Island, en el sur de Brooklyn, donde aparecen vagones pintados con grafiti. La escena fue un capítulo completo de *Los Simpsons*. Así fue como en el Bronx surgió, a principios de los años setenta, la cultura hiphop (término atribuido a un rapero que colaboraba con Grandmaster Flash and The Furious Five; y también existía la versión, el rumor de que las palabras hip, hop, hip, hop imitaban la cadencia rítmica de los soldados del ejército gringo que había invadido países y arrasado poblaciones enteras por el mundo).

—Roque, en las pintas, en el grafiti, hay dinero —le aconsejaba el Ares, con su sudadera blanca cada vez más roja y raída, sin dejar de mirar de un lugar a otro, como si sospechara que lo estaban siguiendo.

—Nel. Tú lo que quieres es que me una a su *crew* —le decía el Roque, invitándolo a comer, porque su amigo siempre la traía atrassada—. Yo puro grafiti y rap.

—Pues la grafitiada es mejor que tus “amigos” con los que te juntas. Te van a meter en problemas —le decía el Ares entre mordida y mordida a las quesadillas de huitlacoche, tinga y chicharrón que el Roque le había invitado de cora, ya que los tamales del desayuno no lo habían llenado.

La advertencia era porque el Roque se reunía con una pandilla *underground* para escuchar rap. Y es que no se encontraba esa música en cualquier tienda de discos, sino que se oía solamente en las esquinas de los ruidosos barrios del Estado de México, en la norteña Monterrey o en pueblos bajo el abrasador calor de Durango, en colonias populares, ésas que te embriagan con su aroma a valentía, calles que tienen entrada y muchas salidas (o, dependiendo de quién seas, no hay salida), pues, como dijo el rapero puertorriqueño Daddy Yankee: “Puedes sacar a un hombre de la calle, pero jamás sacarás la calle de un hombre”. Barrios que tienen historia, que laten con su propio ritmo, donde la gente se saluda, se conoce por apodos y sobrenombres, olvidados para el mundo exterior, entramados por lazos familiares, pero siempre presente para el que lo vive, ese simple pedazo de tierra que defiendes dando la vida. Allí fue donde surgió el rap (la primera vez que la gente lo escuchó en México fue a finales de 1979, seis años antes del nacimiento del Roque) gracias al trío vocal The Sugarhill Gang y su tema “Rapper’s delight”, bautizado en México como “El cotorreo” y cantado por

Memo Ríos junto con otras rolas, como “El loco locutor” y “Pedro Infante murió”, de pegajosa letra: “Es etéreo, ay qué miedo. / Todo el mundo dice que Pedro ha vuelto / con traje de Tizoc y de niño envuelto”.

Aunque la mayoría de la gente creyó que era una derivación de la música disco y sonaba bastante en la radio, lo cierto es que el Roque nunca practicó el *break dance* porque era medio flacucho y no tenía tanta fuerza en sus brazos, y aunque el *break* tuvo cierto auge por el programa televisivo *Fiebre de sábado*, que era de pura música disco, o *Siempre en domingo*, bajo el estricto paternalismo y censora mirada del conductor Raúl Velasco, quien determinaba qué se podía escuchar o ver en la televisión comercial, realmente para 1985 el sorpresivo pero fugaz éxito del *break dance* se comenzaba a eclipsar. Entonces aparecieron en la capital los que se podrían considerar como grupos pioneros del rap mexicano: Sindicato del Terror (SDT) y 4to del Tren; los primeros lograron efímeras apariciones en la televisión comercial en un programa llamado *Mi barrio*. Para los raperos de la calle esto era una forma de faltarle el respeto al rap puro y real, el contestatario, el que aludía a lo crudo de la vida en la pobreza, muy distinto al del amor y la frivolidad que emanaba de Televisa.

Ése fue el ritmo por el que Roque daría su vida. Así que, sin importarle comentarios ni críticas, comenzó a usar los pantalones, como señal de protesta, a media nalga (literal), dejando ver diseños caricaturescos en su bóxer. Era desafiar a las vecinas chismosas, a la gente de buenas costumbres, gritarle al sistema “¡Hey, estoy en

tu contra!” (lo que no sabía era que, en las prisiones de Estados Unidos, el usar de esa manera los pantalones significaba entre los presos que se estaba dispuesto a tener relaciones sexuales). La apariencia del Roque, según él, era una seña de inconformidad ante lo establecido, pero para la gente *buenascostumbresclaseconservadora* era un simple payaso.

—¿Qué transa con esa banda, mi Roque?

—¿Qué onda, Ares?... Y ese mi Ezkadi...

—¿Qué pasó, carnal? Soy Ezka solamente, Ezka.

—¿Cuál?, si tu nombre es Ezkadi Hernández. Pero va...

—Y a ti, mi Roque, ¿qué te pasó en los pantalones? ¿Te ganó del baño?

—Si traigo los pantalones así es por protesta, pura cultura.

—Uy, perdón, don Culto, pero te ves como si te hubieras cagado.

—Chale, lo mismo me dijo mi mamá.

—Vámonos, Ezka, dejemos a don Culto en paz.

—Pa mí que es don...

—¿Qué pasó? Así no me llevo.

El Roque vio alejarse a ese par que, pese a sus bromas, eran sus mejores amigos. Al Ezka lo conocía desde niño, cuando jugaban en las calles, se acompañaban a las fiestas e iban al mercado por los encargos de sus mamás o a echarse unos tacos; un Ezka emocionado por vivir su juventud, con sus carnes que llenaban su robusto cuerpo. Pero al Ares lo había conocido apenas hacía un año, ahí por finales de octubre, cuando fue al velorio del Seco y lo descubrió en un rincón con su sudadera bajo el brazo, el rostro demacrado, negras

ojeras y piernas enfermizas. Le ofreció un tamal y un pocillo de café. Ares sólo parecía existir en el momento en que lo veías; antes, ni te acordabas de él; alterado, con su sudadera roja vagaba por el barrio.

—Rapeas chido, qué gusto da escucharte —le decía el Ares, siempre bien erizo. Así que lo invitó a echarse unas tortas, que para eso dinero tenía.

—Órale, mi Ares, hay que comerse la torta antes del recreo...

—¿De qué se las doy, mis jovenazos? —les preguntó el tortero, listo con sus teleras partidas a la mitad y los ingredientes requeridos y anhelados por el cliente en turno.

Al grito de “Mamacita, quisiera ser aguacate para estar entre tus tortas”:

—¿De qué tiene? —le dijo con picardía el Roque.

—Alemana, con amplia muestra de embutidos: salchicha, chorizo y pierna —les comenzó a recitar como letanía imparable—; campesina, de champiñones, quesillo y chorizo; conga, sabor del buen meneo de un paso de baile; cubana, de todo un poco, ya ven que son de buen diente los isleños; española, por aquello del jamón serrano, aunque aquí es puro jamón cocido, pierna y chorizo; hawaiana, de piña tropical que acompaña al jamón; Juan Gabriel, chorizo con huevo (sin comentarios); la del Chavo, humilde, de jamón con mayonesa; rusa: pierna, milanesa y salchicha; suiza, con capa de queso gratinado, queso amarillo, blanco y quesillo; suspiro de monja: huevo, salchicha y chorizo (sin comentarios); toluqueña, por aquello del sibilino verde y rojo chorizo que embarras en la telera;

Trevi, de pura pierna, como la cantante, y la más pedida, la de milanesa con quesillo —concluyó con toda seriedad el tortero.

—Pues, con esa torta, ni frijoles pido... Yo, una cubana. ¿Y tú, mi Ares?

—Sin sentirme la divina torta envuelta en huevo y a falta de pan, buenas son las tortas, deme una de milanesa con quesillo y, si se puede, pues otra para llevar.

—Cálmala, mi Ares, no te vayas a quedar como el perro de las dos tortas, sin una y sin otra... Pero ya vas, póngale al jovenazo otra para llevar —dijo esto último dirigiéndose al tortero—. ¿Y qué, todavía andas en lo de la grafiteada? —le preguntó al Ares, mientras comía con fruición.

—Así es, mi Roque.

—¿Y cuándo puedo ser parte del *crew*?

—Un día de estos, mi Roque, un día... —contestó Ares, quien estaba a punto de escoger al nuevo integrante del *crew* y llevar a cabo su tarea.

El Roque ya no insistió, extasiado ante el sabor combinado de embutidos, aguacate, mayonesa, jitomate, harto chipotle, y después de que se le quitara lo enchilado, seguiría rapeando sin importarle la opinión de nadie. Tampoco la misma madre del Roque, menudita pero de agreste carácter, tomaba muy en serio el gusto de su hijo por el rap. Pensaba que era otra de sus locuras de adolescente imberbe, creía que para su hijo el rap era también una moda pasajera. Estaba muy pero muy equivocada.







Ser diferente

El Roque ya no prestaba atención a las clases. En poco tiempo tuvo problemas en la secundaria, ya que escribía en su cuaderno rimas raperas que llenaban hojas y hojas, pero nada de apuntes escolares. Ya no le importaba tener una novia.

—Esto del rap es de constancia y sacrificio —afirmaba sabia y melancólicamente.

En la noche, en su habitación, si no tenía sueño, ponía su música rapera a todo volumen, en busca de refugio; las paredes se cimbraban y los pósteres amenazaban con caerse de la pared. Algunas personas pueden decir que encuentran la tranquilidad al escuchar la *Quinta* de Beethoven, que sintieron ánimos de luchar al oír *Las valquirias* de Wagner; se enamoraron con los boleros de Agustín Lara, disfrutaron la nostalgia de Nueva York a causa de Frank Sinatra, giraron en la pista con el *rock and roll*, sintieron rebeldía ante la sociedad gracias a Óscar Chávez, bailaron en salones con ángeles azules, creyeron en la felicidad con “La célula que explota”, sufrieron la impotencia del amor dividido con el *soundtrack* de la película *Amarte duele* o la incertidumbre de la soledad con “Sálvame”, cantada por Anahí de Rebelde. Para Roque no.

El rap expresaba su anhelo, su vivir, pero ante todo la posibilidad de ya no sentir miedo ante las acechanzas nocturnas; porque



nadie sabía que, cuando llegaban las noches, trataba de quedar bien pero bien cansado para caer exhausto en la cama y acallar ese miedo que crecía en su interior desde que había tenido el encuentro nocturno con la Mujer del Velo. El Roque suplicaba no sentir de nuevo en su cuerpo la fría ráfaga que hacía ese vestido cuando rasgaba el aire al mecerse ondulante, ni ser invadido por la zozobra de que ella se levantara el velo para mostrarle la cara huesuda y le chupara su cuerpo, su alma.



Pura música

El Roque recibió la noticia de que debido a sus acostumbrados escapes de la escuela con su novia había reprobado más de cuatro materias (para ser más específico, eran ocho y una que arrastraba del semestre anterior), lo cual en automático lo puso fuera de reglamento, con gran temor sobre lo que podía pasar en un futuro si lo expulsaban de la vocacional. Su novia estaba en la misma situación:

—¿Qué tienes, chiquita? —le preguntó el Roque en espera de comprensión y refugio.

—Reprobé tres materias.

—No te preocupes, yo debo nueve; pero ya hablé con varios maestros y me harán el paro, entre ellos el de historia. Es el mismo que te da clases a ti, ¡relax!

—¿O sea?

—Neta, no te preocupes, tú la tienes fácil, sólo estudia para dos materias, la de historia yo la arreglo. Al aprobarla quedas dentro del reglamento.

—No es eso. Mi papá había dicho que quizás me daría un carro si no reprobaba ninguna.

—Chale, qué mal pex. Pues dile que no reprobaste ninguna. Tú tranquila, todo saldrá bien —le dijo el Roque al tratar de abrazarla.

—En serio, no es eso —aventó al Roque y su voz subió de tono—. Ya no quiero andar contigo, ¡entiéndelo!, y por favor no me busques, no te arrastres como siempre.

Dio media vuelta y abordó una combi que se perdió entre el tráfico de la avenida.

En ese momento el Roque sintió que le dolía el corazón, pensó que iba a caer al piso, que alguien lo empujaba por atrás, pero lo único que cayó fueron sus lágrimas. Atravesaba por calles que se le hicieron eternas, desconocidas, pequeñas al grado de asfixiarlo; se daba cuenta de que por más que lo intentara jamás podría superar al Ezka en el grafiti, que no tenía dinero para comprar ropa de marca, que iba mal en la escuela; se percató de su miedo de que la noche llegara y soñara con la Mujer del Velo... Caminó aturdido, quería hundirse en la desesperación. No podía hacer nada más que aceptar lo inevitable del destino, así que vagó fuera del barrio, quería sentirse libre del ambiente en que había crecido. Sus pasos lo llevaron lejos de sus acostumbrados rumbos. Aunque los carros circulaban a gran velocidad, el tránsito ensordecía y el humo atosigaba, el Roque llegó hasta el camellón de una avenida arbolada; ahí encontró cierta tranquilidad al caminar por un sendero rojizo de tezontle, entre plantas que se requebraban con la caricia del viento y árboles cuyas ramas se cerraban en arco. Con la mano derecha detenía la correa de la mochila y no se dio cuenta de que una pipa de agua se acercó por detrás de él regando las plantas; cuando sintió que lo mojaban, trató de proteger su mochila e intentó decirles algo a los trabajadores pero se contuvo, ya tenía demasiados problemas con que su novia

lo hubiera terminado, así que buscó donde secarse. Lo bueno era que sus tenis Air Force One (“Que se diga que el primer paso que di en el rap fue con ellos”, siempre presumía) estaban intactos. A pocos pasos encontró una fuente. El agua que salía de la parte alta brillaba con la escasa luz matutina reflejada en las gotas que caían. La fuente le recordó la escena final de su película favorita, *Scarface*, cuando cayó muerto Tony Montana. “The world is yours”.

Cuando el Roque llegó a su casa y saludó a su mamá, ésta no le dio el acostumbrado coscorrón porque adivinó en los ojos de su único hijo la tristeza del amor, y sin decirle nada lo dejó entrar a su habitación, ese espacio confidente de los jóvenes que de alguna forma es parte fundamental de sus vidas: testigo de los sueños, del llanto. Su habitación los ha visto reír, es su espacio decorado con un toque personal, con pósteres, fotografías, carteles o muebles. Si se tienen hermanos, la habitación es un trofeo que se gana, que cuesta sudor para que sea tuyo. Es el lugar donde muchas veces se planea el futuro, se añora el pasado, se disfruta el presente. Pequeño espacio de intimidad. Es el mejor amigo de los jóvenes, que los escucha cuando existen problemas y la tristeza aparece. La habitación sabrá que lloraron mientras el mundo los observa sonreír, dará apoyo cada vez que los castiguen, verá a un niño, a un adolescente convertirse en hombre, ser esposo, padre, llegar a una edad adulta (y como sucedió con la mamá del Roque, lo albergará al morir), pero jamás revelará sus secretos. Es la fortaleza donde son los amos y señores. Su habitación.

El Roque se dirigió a un escritorio (hecho de madera, con colores verde y miel, un cajón, dos apartados enfrente y dos cajones pequeños





en el compartimiento de abajo), ese mueble que significó para su mamá un gran esfuerzo y sacrificio el poder regalárselo a fin de que tuviera un lugar para realizar sus tareas. Jaló la silla, depositó su mochila en el piso, tomó la foto de su todavía amada y prendió el estéreo. Sobre el carrusel de la bandeja, donde van los CD, tenía un recopilatorio de música rap de Estados Unidos que, por muchas razones, no había escuchado.

El primer *track* del disco era del grupo Fugees, con su canción “Killing me softly”. Al principio, su mente, distraída por el dolor de que su novia lo hubiera dejado, no le hizo caso, pero a medida que subía el volumen la música hizo que su corazón latiera acelerado, sus manos experimentaron un sudor provocado por la emoción, sus ojos, cristalizados por el llanto, brillaron (la felicidad se externa con cada uno de los sentidos y, por qué no decirlo, con cada una de las extremidades del cuerpo), un impulso que no pudo describir le hizo tomar un lápiz y una hoja de papel en blanco para intentar escribir alguna letra que plasmara lo que entonces vivía, recordando al rapero Terma, de H Muda: “Empezamos como todos, / tarareando coros”. Sensación divina que le fortalecía el alma al Roque, le enardecía el corazón, lo sacaba del abismo donde estaba. Dicen que los artistas deben tratar o expresar cuatro temas casi obligatorios en su obra: el amor, el desamor, la vida y la muerte. El segundo fue el que llevó al Roque a tomar una decisión a sus dieciséis años —inquieto, fragmentado, pseudo-marxista—, una etapa de la vida en la que se cree que el primer amor será el único y se tienen por delante oportunidades de conocer personas, algunas que serán fugaces y otras que se quedarán en la memoria.



Tenía dieciséis años, esa edad en que se cree que el mundo estará siempre a nuestros pies, en que se decide no aprovechar al máximo el tiempo porque se está seguro de que después se tendrá de sobra para hacer lo que se quiera.

Tenía dieciséis años, cuando la rebeldía gesta su semilla para una postura desafiante ante el mundo, ante *tu mundo*, que lleva a cuestionar el ser y el estar, a poner en duda la autoridad de padres, de tutores, de figuras que fungen en la vida como guías, con la inquietud por crecer.

Tenía dieciséis años, cuando se afianzan los amigos (que posteriormente se volverán hermanos, no de sangre pero sí de andanzas, de fiestas, cómplices y confesores).

Tenía dieciséis años, para correr o quedarse en el mismo lugar.

Así que sucedió. Roque escribió su primera composición rapera originada en la decepción amorosa: “Despierto sin sentido desde que no estás aquí / y aun así no tengo duda, tú naciste para mí, / aunque por ahora de amarme no estés segura, / el que no quieras verme me hunde en la locura. / Pero debo calmarme para no presionarte, / para encontrar la forma de volver a enamorarte...”.

El Roque ya no siguió escribiendo sobre su dolor amoroso, sino que se sorbió los mocos y se limpió las lágrimas porque el siguiente *track* que comenzó a sonar era “Gangsta’s paradise”, canción de su serie favorita, *Escuela del vicio*. En ese instante, la emoción se convirtió en excitación, y su cabeza no dejó de moverse de lado a lado. Vio lo que había escrito: era buen intento, aunque aún no tenía la fluidez ni el vocabulario indispensable, pero decidió, a pesar de sus limita-



ciones, que sería un gran rapero. Un día estaría en un escenario, su música llegaría a ser escuchada por mucha gente, las manos en el aire, coreando sus rimas raperas. Sería famoso.

Tenía dieciséis años y el Roque sabía que lo mejor (o lo peor) estaba por llegar.





Roque conoce a Guillermo Prieto

El Roque se dio cuenta de que para poder crear sus rimas raperas necesitaba leer, leer mucho. Era importante andar en busca de nuevas palabras para rapearle mejor, así que consultaba diccionarios, novelas y cuentos, todo lo que caía en sus manos, lo importante era conseguir más vocablos para sus rimas y aumentar su léxico. El entorno era una posibilidad para improvisar, sólo tenía que buscar palabras con la misma terminación fonética. Esto lo llevó a frecuentar la biblioteca del barrio, atendida por una rolliza señora que cuando el Roque entró por la puerta de metal se sorprendió ya que los jóvenes no llegaban ahí ni por error, preferían estar en las esquinas con sus novias o, lo peor, ya con malas intenciones y peores acciones. Ahí, en medio de estantes pintados de amarillo repletos de libros de texto de primaria y secundaria, un escritorio de madera descarapelado y algunas sillas, entre una colección de obras usadas encontró un libro titulado *Memorias de mis tiempos*, de un escritor llamado Guillermo Prieto —inquieto cronista, periodista, ministro, soldado y maestro—, que nació en el lejano año de 1818 y murió en 1897, leyó el Roque en la contraportada, autor que descubría en sabrosas crónicas la vida cotidiana, las tradiciones y los hábitos de la sociedad mexicana del siglo XIX, en particular de la gente del pueblo.

—Igual que yo —susurró el Roque, hermanado a través de las palabras con un hombre que había nacido más de doscientos años atrás. Además, la contraportada decía que Prieto había vivido en Tacubaya, que eran sus mismos rumbos. Era desconcertante saber que por donde el Roque caminaba cotidianamente, entre mares de cemento e intrincado tránsito, habían existido floridos jardines, avenidas arboladas, casas ajedrezadas. Se detuvo en la puntual descripción que Prieto hacía del bosque de Chapultepec y en la mención de que había lobos en esos lugares.

—¡Imposible! —exclamó, al pensar que ahora Chapultepec es lugar de recreo familiar donde su mamá, cuando era niño, lo llevaba los domingos al lago, al zoológico, al trenecito y a los juegos mecánicos. El Roque también descubrió que Prieto era poeta (pronunció su primer discurso en una fiesta religiosa entre cuyos asistentes estaba el presidente Guadalupe Victoria). Lo más interesante para él como rapero era que Guillermo Prieto, después de leer muchos sonetos, comenzó a escribir los suyos propios: “Una vez que quería recordar un soneto y no pude, hice el primer pie por mi cuenta y luego otro, y otro hasta el fin, y salté de contento porque ya sabía yo hacer sonetos. Aquél fue para mí maravilloso descubrimiento”, evocaba con alegría el escritor.

Eso le gustó al Roque, sentía lo mismo cuando en su mente se gestaban sus primeras rimas y su cuerpo llevaba el ritmo. Ya llegaba la hora del cierre de la biblioteca y él no dejaba el libro, quería continuar con la lectura aunque ya era tarde.

—¿Por qué no te lo llevas a tu casa? —le preguntó la encargada.

—¿En serio? ¿Puedo sacarlo? —se asombró el Roque, ya que al igual que muchos jóvenes, desconocía que existía el préstamo a domicilio. Es más, en su vida siquiera había entrado a una biblioteca. El Roque se dio cuenta de que era porque ningún maestro había leído con él. Pero, además, le dejaban leer como castigo textos que no entendía —a veces ni los acababa, por aburrimiento— y le costaba mucho pasar de las primeras páginas.

El Roque salió feliz con *Memorias de mis tiempos*. Ya en su cuarto, leyó que Prieto era bien malicioso y que escribió la marcha “Los cangrejos”, versos que se burlaban del fin del Imperio de Maximiliano en el siglo XIX, además de mencionar la lucha de la Iglesia católica y los militares para que no se les quitaran sus privilegios, así como la implacable leva que sufría la gente del pueblo al ser arrastrada forzosamente a guerras y levantamientos armados, lejos de sus familias y alejados de sus poblaciones...

—Nada ha cambiado —dijo el Roque, y sin querer comparó varias letras raperas suyas que, al igual que otros, dos siglos atrás, criticaban a la sociedad, al gobierno, a la pobreza.

Ya no pudo esperar más y se dio el gusto de cantar en voz alta la canción completa de “Los cangrejos”, que varias veces interrumpió porque le daba risa la letra con doble sentido, con un tinte de dolor al mencionar la terrible costumbre de la leva para llevarse a los hombres a la guerra; pero, en diversas maneras, esa canción reflejaba la voluntad de defender contra el invasor, contra el enemigo, lo que es de uno, ya sea la patria o el barrio: “Cangrejos, al combate; / cangrejos, a compás; / un paso pa’delante, / doscientos



para atrás”. Al final de la canción, el Roque leyó que al cronista Prieto le gustaba subirse a la azotea de su casa para poder declamar en voz alta sus rimas, gesticular y expresarse sin que nadie lo criticara. Así que él hizo lo mismo, corrió hacia la azotea de su casa. A lo lejos se veía el barrio bullicioso donde nació; a la distancia, las chimeneas sobresalían entre los edificios como postes cenizos que vomitaban el humo de las calderas que ennegrecía el cielo cercano al Tanque, por donde se decía que pasaban cosas del diablo. Siguió con la vista a hombres y mujeres, jóvenes y niños que eran del barrio. Ésos eran los lugares donde al Roque, al Ezka y al Ares les había tocado vivir, en una Ciudad de México que alguna vez fue la región más transparente del aire.



El barrio

—Te viste bien en el concierto —le dijo su mamá cuando regresaban a su casa. El Roque aún estaba con dolor de estómago, las manos sudadas y ganas de vomitar por los nervios, pero feliz por haber rapeado.

—De verdad me gusta el rap.

—Es bonito escucharte, pero mañana ¿qué serás? —le preguntó su menudita mamá al darle un coscorrón de cariño—. Eres como un monito que sólo imita lo que ve. Hoy eres rapero, ¿y mañana de qué vivirás? —suspiró atormentada por el dolor de sus huesos.

Él sabía que varios de sus amigos grafiteros, como el Ezka, no tuvieron el apoyo total de la familia, o como el Ares con su sudadera roja raída, siempre sin dinero, agazapado en la noche en busca de donde quedarse a dormir. También comprendía que era difícil vivir del rap. Y eso era preocupante. A los raperos se les consideraba vagos (a pesar de que algunos vestían ropa cara, de marca), las miradas de desaprobación hacia su atuendo eran más obvias y frecuentes cuando paseaban por zonas de clase media o alta.

Recordó que el grupo duranguense originario de Gómez Palacio, los Caballeros del Plan G, en su disco *Abriendo puertas* retrataban en sus canciones “Es lo mío” y “Sigue siendo lo mío” la idea de que ser músico —y más rapero— era una vergüenza familiar: “Algunas





veces pensativo, / me pregunto por qué no he sido / en el deporte y en la escuela / lo que mis padres hubieran querido. / Ellos al igual que otros / desearían que su hijo, / en lugar de ser un MC, / fuera un ingeniero creativo, / en lugar de recibir micros / obtuviera más y más títulos, / ser reconocido nacionalmente, / no por ventas de discos”.

El Roque, al igual que varios raperos antes que él, vivía la clandestinidad con el desafío a las buenas conciencias, el rechazo social —no sólo al rap sino a la contracultura del hiphop en general y sus cuatro elementos: raperos, diyéis, grafiteros y *b-boys*—, con virtudes y fracasos, conciertos y tocadas, grafitis y cárceles, donde se destruían destinos de cientos de jóvenes en espantosas celdas, rodeados de vicios y violencia.

Desde pequeño, el Roque sintió el gusto por los escenarios. Cuando su mamá oía la radio, él seguía con interés la música de las “viejitas pero bonitas”, y los domingos se ponía sentadito frente al pequeño televisor para ver el programa *Siempre en domingo*, dirigido por un señor de lentes y dientón. A veces le aburría, pero comenzaron a aparecer en televisión grupos musicales de jóvenes. También en la primaria gustaba de leer las efemérides escolares en las ceremonias, cantaba en el coro y en la estudiantina en misas dominicales, le interesaba concursar y participar en eventos donde portaba con orgullo el estandarte de la estudiantina y coleccionaba listones de las noches coloniales a las que asistía.

El Roque descubrió que el rap retrataba en sus letras “la calle”, un mundo desconocido para sus quince años y que sólo entreveía gracias a una serie de televisión que se transmitía los jueves en la

noche por Canal 5, titulada *Escuela del vicio*, inspirada en la película *Dangerous minds* (protagonizada por Michelle Pfeiffer), cuya trama giraba en torno a los desafíos de crecer en barrios conflictivos y los esfuerzos de una profesora, *marine* retirada, que había dejado su carrera para impartir clases de literatura inglesa en dicho colegio e intentar que sus alumnos volvieran a creer en sí mismos.

A pesar de que debía esperar hasta altas horas de la noche los jueves y al día siguiente andaba bien desvelado, el Roque no se perdía ninguno de los capítulos con tal de ver a la guapa profesora que enseñaba a sus alumnos a no rendirse (inclusive ella aprendió a no darse por vencida y no dejó el colegio pese a la muerte de un alumno). La canción de la serie, “Gangsta’s paradise” del rapero Coolio, reflejaba la forma de vivir de esos adolescentes de origen latino acosados por la policía, de familias resquebrajadas, sin hogar, ambiente que el Roque conocía por sus travesías raperas y que le recordaba a varios de sus amigos, como el Ares que andaba bien fregado, todo tristón, pero también algunos que vivían con una pequeña esperanza de divertirse, de bailar, de ser diferentes; aunque fue el coro de la canción lo que le llamó la atención porque era cantado con especial sentimiento de dolor por el robusto cantante negro L.V. envuelto en el humo de la desesperanza. El Roque se aprendió de memoria partes de la canción “Gangsta’s paradise”: “Poder y dinero, / dinero y poder / minuto tras minuto, / hora tras hora... / Dicen que tengo que aprender, / pero nadie está aquí para enseñarme. / Si no lo pueden entender, / ¿cómo pueden alcanzarme?... / Han estado la mayoría de sus vidas / viviendo en el paraíso



de las pandillas, / continuamos gastando la mayoría de nuestras vidas / viviendo en el paraíso de las pandillas”.

—¿Viste el capítulo de ayer?

—Sí, estuvo poca *maíz* —comentaban sus compañeros en el salón de clases esperando al maestro de historia, que era bien estricto. Mientras Roque escuchaba en silencio los comentarios a favor o en contra del rap, se daba cuenta de que los gustos musicales de sus amigos estaban definidos por los de sus padres. El Roque interrumpió sus pensamientos cuando el profe de historia entró al salón. Esa vez le interesó la clase, ya que hablaron de diversos héroes de épocas antiguas que fueron admirados por su gente, lo que hizo que el Roque divagara con la idealización: ser un cantante aplaudido y reconocido que podría plasmar en letras lo que la gente padecía en las calles, como antes lo hizo al grafitear en las paredes.

En el fondo, el Roque sabía muy bien que esto del rap le evitaría también andar en las calles de madrugada, con el gran riesgo de encontrarse en cualquier esquina a la Mujer del Velo. Entre los grafiteros, cada vez eran más fuertes los rumores de que en los últimos dos meses la veían parada con su vestido pardo oscilado por el viento. No se movía, siempre con su rostro ladeado cubierto por el velo, como si esperara algo.





La Mujer del Velo

Dicen que la Mujer del Velo vagaba por estas tierras antes de que los primeros paracaidistas llegaran a invadir los linderos del Cerro Pelón y de los tiraderos de basura de Santa Fe, quienes construyeron con láminas, tablas y desechos las primeras casas cubiertas por las polvaredas. Dicen que su figura fantasmal, su vestido orlado por un aire espectral, espantaba a los borrachos que llegaban a deshoras a sus casas tan alcoholizados que, al principio, nadie les creyó que un espíritu deambulaba por las nopaleras, cerca de las cañadas, por los pozos, entre las casuchas más retiradas, que fueron rápidamente abandonadas por sus moradores aterrados ante esa figura que no aullaba, no clamaba por sus hijos, no te seguía, sino que parada, inmóvil en el cruce de los caminos, se quedaba con la cabeza ladeada y su vestido transparente dejaba pasar la escasa luz mientras sus pies flotaban lejos del suelo.

Dicen que la Mujer del Velo vivía en una casa cerca de lo que actualmente es el Tanque, en la parte más lejana; que fue engañada, traicionada, que era atractiva mestiza que tuvo hijos bastardos con un español conquistador del siglo XVI, quien la abandonó para casarse con una española. Dicen que la tragedia se repite una y otra vez...

Dicen que la Mujer del Velo era una indígena de piernas canela que vivía en la ribera de un río que corría antes por aquí, bordeado

de árboles, que se desecó por un castigo divino y que es el salitroso terreno donde se construyó el tanque para almacenar el agua que surte al barrio, donde ahora el polvo atosiga a los habitantes...

Dicen que la Mujer del Velo era Susana, la madre de Miguel Badillo Bernardí, mejor conocido en el barrio como el Seco, y que ella, inútilmente, trató de buscar consuelo en la iglesia cuando se enteró de que su único hijo había muerto a balazos. Sí, el que jugaba desde niño con sus dos primos en las calles del populoso barrio y que, al paso del tiempo, destacó como estudiante al conseguir una beca por sus excelentes calificaciones para ir a la universidad, y que siempre le prometía a su mamá que estudiaría mucho, mucho, para irse a vivir a otro lugar, tener una casita propia, más becas para viajar al extranjero a especializarse en su profesión, *ser alguien en la vida*, promesas que olvidó cuando se dedicó por completo a la grafiteada, acompañado por el Ares, el Kiwi y el Chaparro, destrozada su vida por los cinco balazos que le dieron los policías y atravesaron su cuerpo, astillaron sus huesos, perforaron su cabeza, mientras ella, su madre, gritaba enloquecida.

—¡Tan buen muchacho que era, y mire usted en qué vino a terminar! —decían los dolientes durante el velorio.

Al final del sepelio, Susana se encerró en su cuarto para llorar la muerte de su hijo, abrió las llaves del gas, tapó toda rendija y fue a acostarse en la cama de latón sin quitarse el vestido de luto, atormentada por el dolor, con un velo en la cara, para quedarse por siempre dormida, en su mente el perenne recuerdo de la última plática con su hijo:



—Miguel, ¿no quieres un vaso de agua?

—No, madre, gracias.

—Me dice el director de la escuela que ya no quieres regresar.

—Ya no, madre.

—Será porque eres bravucón y presuntuoso.

—Ya no, madre.

—Miguel, eres igual a tu padre. ¿No vas a preguntarme por qué?

—No.

—Eres terco y piensas que a todos tienes que enseñarles cosas.

—Ya no, madre.

—¿No estás a gusto en la escuela?

—No, madre.

—Allí tienes amigos y los conoces bien.

—Sí, madre.

—Está bien, Miguel, irás a otra escuela.

—No. Seré grafitero.

—Acaba tu agua.

—No, madre. Me voy.

—¿Con quién?

—Ahí con mis amigos.

—Con el tal Ares y esos que ni a nombre llegan. ¿Quién se llama a sí mismo el Kiwi, el Yesca o el Chaparro? Te prohíbo que te juntes con ellos. Si lo haces, Miguel, ni pienses en regresar a mi casa.

—Así será, madre. Ya no seré Miguel, mis amigos me llaman el Seco.





“El mundo es tuyo”

Más por imitación que por convicción, aparecieron paredes grafiteadas por las zonas donde el Roque caminaba para llegar a su escuela secundaria. Era 1998, recién cumplidos sus trece años, cuando tuvo contacto ocasional con las “bombas” (letras que son redondas a dos o tres tintas y cuyo nombre viene de la acción *bombing*) y las *tags* (la mera firma del grafitero, generalmente a una tinta) plasmadas en los muros. Imágenes, caricaturas, paisajes, letras, leyendas, rostros que lo seducían por sus colores —a veces con frases que no entendía pero le fascinaban— y que, lentamente, invadirían los muros de colonias como Olivar del Conde, Molinos, Mixcoac, Santa Lucía, Presidentes, Piloto, Rosa Blanca, Alta Tensión o Barrio Norte (donde eran bien gruesos y daba miedo pasar por ahí). Eso fue parte de su niñez y su adolescencia. El Roque se diferenciaba de sus amigos porque tenía un nivel económico un poco más alto, pero aun así le atraía el ambiente del barrio, donde las paredes o cualquier espacio plano eran una especie de lienzo para plasmar el deseo que tenía de que el mundo viera su firma, así que comenzó a dibujar de manera informal en sus cuadernos y practicó diversos estilos para grafitear, como el *wild style*, enredados, 3D, *tags* con ácido o con piedra de azúcar. Aunque, reconocía, quien andaba más clavado y era mejor en la onda grafitera era el Ezka, que desde poco

tiempo atrás era inseparable amigo del Ares y se retaban para ver quién hacía mejores trazos.

—Los míos son caracteres y están más chidos —alegaba enojado el Roque cuando se daba cuenta de que había perdido ante el Ezka porque éste se la rifaba mejor en el manejo de los aerosoles, del delineado, y ya ni podía comer a gusto sus Cazares, mejor se iba a su casa a ver la película *Scarface*, que era una de sus preferidas (podía recitar diálogos completos), la cual retrataba el sueño americano del inmigrante latino, el surgimiento de un “gueto héroe”: de Tony Montana, quien venía desde abajo sin tener nada más que su determinación, encumbrado hasta la cima del poder en la ciudad de Miami, en Estados Unidos, pero cometió el gran error de consumir su ilegal mercancía. Cegado, adicto, murió mientras disparaba a sus oponentes para después caer en una fuente cuya estatua era un mundo con la leyenda “The world is yours”. Puff Daddy (uno de los grandes productores del rap de la costa este de Estados Unidos) lo resumió así: “*Scarface* nos hizo ver, sobre todo a los jóvenes de esa generación de los ochentas, que teníamos posibilidad de progresar aun siendo de barrio, ya que en esos años para un joven negro sólo existían dos caminos: la cárcel o la muerte”. El Roque no sabía que uno de esos dos caminos tendría que recorrer en poco tiempo.

A unos cuantos días de terminar la secundaria, su mamá le dijo al Roque que le habían hablado de la escuela para ofrecerles una media beca con el fin de que él siguiera estudiando en la institución lasallista. Y aunque el Roque se emocionó, sabía que por más que su madre se esforzara no les alcanzaría el dinero para pagar



una escuela privada. Descubrió la triste mirada de ella velada por las lágrimas, por la decepción, por la impotencia de no tener dinero para la educación de su hijo. *El mundo es tuyo*. Antes de salir a la calle e ir en busca de sus amigos, de desquitar su frustración en las paredes, en los túneles del metro, en espectaculares, en bardas, en cualquier espacio en que pudiera pintar sus grafitis, el Roque, con los músculos tensos, la rabia contenida y las lágrimas en sus mejillas, comprendió que no siempre se consigue lo que uno quiere.





Segundo día, 30 de octubre

—¡Mi Ezka, te rifaste como los grandes! Los del crew, los de la banda se quedaron chatos: pura destreza de tus tags y la rapidez con que las hacías... y pa'dentro con los caracteres. Ya te aceptaron.

—Estuvo chido, mi Ares. Lo malo fue cuando llegaron en sus patrullas, pensé que nos perseguirían. Ahora sí que iba a ver al Seco allá en el cielo, pensé.

—...

—No digas que no te acuerdas de él, mi Ares, si se juntaba contigo. Es más, tú lo metiste a la onda grafitera, al igual que a sus dos primos.

—Ni lo recuerdo.

—Si andaban juntos por varios lados de la city.

—Nel...

—Cinco balazos le dieron. En el lugar de su muerte, cerca del Tanque, está pintado un grafiti increíble, como si fuera una fotografía; es más, me atrevería a jurar que quien lo hizo retrató el último momento de su final aventura: el Seco clavado en sus grafos, su mirada atenta a lo que surgía de la pared y las balas dirigiéndose hacia él... Yo creía que tú lo habías pintado, como que es tu estilo...

—Chido cómo te escabulliste entre los carros.

—... si fuiste a su entierro, hace un año, todo el barrio asistió, se hizo una procesión por las calles hasta la iglesia...

—Neta, cada vez grafiteas mejor.

—Oye, Ares... ¿viste a la señora de negro que nos veía desde la otra acera cuando pintaba?

—Nel, Ezka, no había ninguna mujer, sólo el resto del crew: el Kiwi, el Yesca y el Chaparro.

—Te juro que había una chava, o bueno, una mujer, en la esquina, tenía como una especie de velo en la cara.

—...

—Órale, Ares, despiértate, te quedaste como menso.

—Yo no vi nada. Oye, me dieron un spot bien exclusivo allá por el Panteón Dolores. Ese muro es para una pinta del Día de Muertos. ¿Qué onda, me acompañas y pintamos algo chulo? Pa qué te pregunto, si a fuerza tienes que ir porque ya eres parte del crew.

—Pero primero vamos al tianguis por unas caps porque mis válvulas ya valieron, aunque ayer todavía salí a rifar unas tags y unas letras “bombas” que me quedaron bien gorditas, pero ya no tengo para delinear ni para rellenar mis grafitis.

—Pues te topo donde siempre. Ya sabes, de esto tú chitón, no le digas a nadie, ni al Roque siquiera.

—Ares, ya me conoces, ¡yo no soy chiva! Aunque él es mi valedor desde chavito...

—A nadie.

—Bambi es un venado.

—Oye, rífatelo boceto, ¿no?

—Ya aprende a dibujar, Ares, siempre tengo que hacerlos yo.

—Pues sí, pero yo me rifo más que tú.



—Oye, ¿pues dónde la caes a dormir?

—Si te lo dijera no me lo creerías.

—Cálmate, mi Chavo del Ocho.

—¿Verdad que cuando grafiteamos somos como el dúo dinámico? Algo así como Batman y Robin, como Pedro Infante y Jorge Negrete, como Viruta y Capulina, como Tin Tan y su carnal Marcelo, como...

—Ya entendí, ya.

—Pero ¿verdad que cuento contigo? ¿Verdad que tú no me dejarás solo?





Ser grafitero no es fácil

El Ezka era fiel comprador de las revistas *Arte Enlatado* e *Illegal Squad*, que conseguía de segunda mano en tianguis como el de La Búfalo (llamado así porque estaba al lado de la fábrica de la famosa y picosísima salsa Búfalo, que le hacía recordar cómo el Roque le ponía harta salsa a sus Cazares, su botana preferida). Recorría el tianguis con gusto, le encantaba aspirar los olores de las frutas, ver los pliegos de colores de las verduras acomodadas en montones que brillaban ante la resolana. Acudía puntual al sabatino bazar de la Plaza Peyote, cerca del tianguis del Chopo, por donde silbaba el tren, atrás de la ruinosa estación ferroviaria de Buenavista, que hace años era un lugar bien macizo con desfile de punketos, *darks*, hermanos *hippies* y uno que otro despistado, no como en la actualidad que hasta llevas a la abuelita (o la abuelita te lleva a ti). En estos tianguis venden aerosoles y *caps*, que son las válvulas para pintar con aerosol. Para el delineado, el Ezka utilizaba sabiamente la Black Skinny entrada macho, trazo muy fino de dos a cinco centímetros; al rellenar, acudía a la Española Fat Classic entrada hembra, trazo ancho de 15 centímetros, y en sus *tags* usaba válvulas Caligráfica Australiana entrada hembra, trazo caligráfico, transversal...

—Cámara, yo corto y tú rellenas —le decía Ares con su clásica cara de no haber comido nada cuando lo invitaba a pintar saliendo de la escuela.

—Va en fuga, pero ponte al tiro por si vienen los ‘tiras’.

—Tú dale.

Y en menos de cinco minutos quedaba la firma, las abultadas letras, los estilizados paisajes, los rostros dibujados en la rugosidad de la pared.

En ocasiones, los dos amigos llevaban guantes de látex ya que, como estaba prohibido grafitear, evitaban el residuo de pintura en las manos, por si los policías te detenían y al revisarte pudieran darse cuenta de que recién habías pintado. También era común entre los grafiteros usar pantalones de “pata de elefante”, que servían para llevar los aerosoles en sus amplias bolsas, desenfundar las latas a la primera provocación y darle a una barda, a un *spot*, a ese espacio que sería rafagueado con trazos de color; sin olvidar los tapabocas tipo industrial, que eran básicos para no absorber el aerosol, sobre todo a la hora de pintar en espectaculares, en esos anuncios colocados a más de diez metros del suelo, empotrados arriba de las azoteas de los edificios para que la gente los pueda ver desde la lejanía. En esas alturas, el aire te regresa el aerosol directo a la cara y acabas todo “panqué”. Ahí Ares sí se la rifaba, olvidaba sus piernas enferizas y escalaba entre los postes de metal por los tablones de madera y se ponía en contra del viento, con poco espacio para pararse. En las alturas, sus manos pintaban tan rápido, ligeras, que parecía que no le daba miedo morir; y es que algunos compañeros grafiteros habían quedado lesionados al caerse, pues sus cuerpos rebotaban en el suelo como bolsa crujiente o eran electrocutados por un cable de alta tensión.



Ser grafitero no es fácil.

Los túneles del metro también fueron testigos del arte en lata, donde el Ezka arriesgaba la vida con tal de plasmar su firma. En la semioscuridad de un túnel, el espacio por donde se caminaba era angosto y se tenía que ir pegadito a la pared para evitar ser electrocutado o jalado por las ráfagas de aire que producían los vagones al pasar a una velocidad comercial de 35 kilómetros por hora en rodadura neumática, 42 en rodadura férrea y a un máximo de 80 kilómetros según la hora, el humor del conductor y el tránsito entre estaciones; además, con el riesgo de que te agarraran los policías.

—Es como entrar a la boca del infierno —solía decir Ares cuando caminaban en la penumbra de los túneles del metro, siempre volteando, como si sintiera que alguien lo observaba.

Ser grafitero no es fácil.

También, por la falta de dinero, había que fabricar válvulas picando otras latas de aerosol con agujas para abrir más la abertura por donde fluía el contenido del espray y pintar lo que estaba al alcance con precisión en la mano, control del pulso y movilidad en la muñeca para hacerlo rápido y bien. Pero los riesgos, el ahorrar dinero para los botes y las válvulas, buscar espacios, huir de los policías, para el Ezka bien valían la pena cuando pintaba y sentía esos *momentos de claridad* en que plasmaba sus esperanzas; sus angustias y miedos desaparecían en cada línea, trazo o relleno, para que apareciera en las paredes lo que su mente imaginaba. Era como decidir tu vida, trazar tu destino, crear tu propia suerte.





Como te ven, te tratan

Recuerda un viejo refrán luchístico que para ser luchador primero hay que parecerlo. Lo mismo sucedía en el rap.

Antes del año 2000, para poder verse como rapero, el Roque tenía que comprar en las tiendas departamentales ropa que le quedara grande: pantalones de talla especial o playeras XXL, cuando él era M, de compleción mediana. En su transformación como rapero el atuendo era prioritario, desde el calzado hasta el último milímetro de cabello, lo que convirtió al Roque en una persona vanidosa y elitista. Comenzó a usar diversas marcas porque ¿a quién no le gusta estrenar y vestir con ropa de la mejor, de la más cara? Roque fue presa del gusto de cambiar constantemente de guardarropa, esa sensación de poder e identidad que da el vestirse con:

... Adidas, que demostró abiertamente su apoyo a la cultura del hip-hop y cuyos tenis, los llamados “conchas”, eran muy apreciados (sobre todo por el Ezka).

... Ecko, la marca más popular.

... Enyce, barata y fácil de conseguir en los tianguis de Ciudad de México.

... Fubu, de las primeras marcas y que, en ocasiones, estampaba sus prendas con imágenes de la caricatura Fat Albert.

... Iceberg, con algunos diseños que mostraban personajes de las caricaturas de Hanna Barbera (a Roque le gustaba Scooby Doo).

... Johnny Blaze, del rapero Method Man, integrante del grupo Wu-Tang Clan, quien basara el nombre de la marca en el personaje Ghost Rider de los cómics de Marvel.

... Jordan, del jugador de basquetbol Michael Jordan, de las más apreciadas por los raperos.

... Kangol, cuyo logotipo, obvio, era un canguro.

... Lot 29, cuyos bordados, estampados y aerografías tenían como protagonistas a caricaturas de los Looney Tunes (al Roque, a falta de un pingüino de peluche como su protector Guz Guz, le gustaba Taz).

... Makaveli, marca de Tupac, uno de los raperos de mayor habilidad para la “tiradera” (llamada *beef* en Estados Unidos y que es el enfrentamiento lírico entre dos exponentes del rap que se burlan o atacan por medio de sus canciones, lo cual llegó a extremos con Tupac y Notorious, cuando su *beef* desencadenó la muerte de ambos).

... Nike, la más reconocida, sobre todo por los tenis Air Force One.

... Phat Farm, cuyo calzado fue muy popular con un logo que recordaba a la bandera de Estados Unidos, pero en lugar de las estrellas aparecía una P.

... Reebok, principalmente en ropa deportiva.

... Rocawear, marca de Roc-A-Fella Records, compañía del rapero Jay Z.

... Shady Limited, del rapero y actor Eminem, famoso por ser anglosajón entre pura gente de color.



... Sean John, del rapero Puff Daddy.

... Snoop Dogg, del controversial rapero del mismo nombre, que exploró ser artista y hasta lugar de honor tuvo en la lucha libre de Estados Unidos.

... South Pole, con clara referencia al Polo Sur, con diseños de gente con vestimenta típica de esos fríos.

... Timberland, cuyas botas rudas color miel te hacían ver más alto; clásicas en el armario de todo buen rapero.

El Roque anhelaba la fama, que le aplaudieran, que lo reconocieran en la calle, que le pidieran autógrafos.

Ser rapstar.

Se dejó crecer el cabello con el fin de portar trenzas pegaditas o *cornrows* (llamados “caminos de maíz” porque fueron una manera particular de comunicarse entre los esclavos en la época colonial de Estados Unidos, ya que las mujeres se trenzaban en el cabello los mapas que indicaban las rutas de escape entre los campos de maíz).

El Roque usaba sus trencitas como los raperos Lil Bow Wow, Ludacris, Method Man o Allen Iverson, basquetbolista en aquel entonces del equipo 76ers de Filadelfia. Traer el cabello así significaba, entre más complicado era el diseño, que más te la sabías en esto del rap.

—Están tus trenzas, y qué pex, ¿con quién te peinas?

—Con una amiga, allá en el Olivar.

—Se la sabe. Yo me peino allá por Puerta Grande.

Pero el andar con trenzas también le trajo serios problemas al Roque en la vocacional, la escuela pública a la que ingresó para

cursar el bachillerato cuando ya no pudo pagar su beca en la institución lasallista, ya que por su apariencia no lo dejaban ingresar los vigilantes al plantel:

—Tira paro, poli —les suplicaba cuando lo detenían en la puerta principal.

—No, chavo, luego me regañan a mí —contestaba el guardia negándole el acceso. Así que el Roque se saltaba por los campos de fútbol americano que estaban en la parte de atrás o se metía en la cajuela del carro de un amigo; en ocasiones, ante el tumulto generado por la hora de ingreso en la entrada principal, se escabullía entre los alumnos. Como usaba una sudadera con gorro, lograba pasar inadvertido, aunque calzaba, como de costumbre, sus tenis Air Force One (“Que se diga que el primer paso que di en el rap fue con ellos”, siempre presumía).

—La mayoría nos saltábamos la barda para irnos de pinta y tú lo hacías para entrar a la escuela —se burlaban de él sus amigos.

El Roque, ya dentro del plantel, transitaba por un largo pasillo que llevaba hacia el lugar donde sacaban las fotocopias, atravesaba la sala de los maestros, por el checador, hasta llegar a las bancas que estaban en el pasillo y se dirigía hacia las escaleras que lo llevaban a la cafetería, donde el casual choque de manos y abrazos con los amigos no se hacían esperar. Él y sus amigos eran *fresh*, gente a la que le gustaba el rap y se vestían como raperos; improvisadores de rimas jocosas para pasar el rato, se “cargaban la pila” grueso, pero siempre unidos, como manada de perros o lobos que juegan. Entre ellos comentaban sus vestimentas, presumían sus gorras con



visera plana y cerradas, pulseras, anillos y cadenas de plata, broqueles brillantes y grandes en las orejas, gruesa joyería, todo lo cual demostraba el ascenso monetario que un chavo del barrio estaba logrando, aunque en realidad eran de imitación, ya que traer un diamante de gran quilataje era clara invitación a ser asaltado. Pasaban todo el día oyendo en el *discman* discos de rap o se juntaban a jugar basquetbol, mientras que otros alumnos, a quienes no les gustaba esa música, permanecían sentados, mirándolos de reojo con miedo y desaprobación. No compartían sus gustos, pensaban que los raperos eran agresivos, que los robarían.

Ya en su casa, el Roque esbozaba sus rimas raperas con un bolígrafo. Pensaba que sólo lo haría por un rato, pero, cuando se daba cuenta, el manto nocturno lo había descubijado para dar paso al frío de la mañana y posteriormente al calor del día, desvelado pero feliz de componer sus canciones: “El rap es sacrificio, calidad y convicción, / ni gánster ni idealista, rapero de profesión, / hacemos cosas simples para toda la gente, / artistas profesionales que topas diariamente”. Aunque algo les faltaba a sus rimas, las sentía huecas, planas. Se dio cuenta de que el rap requería dedicación, pensar todo el tiempo en palabras que rimaran. A veces, a mitad de un beso, le pedía a su pareja un momento para escribir una rima que se le acababa de ocurrir. También era necesario, imprescindible, observar el entorno y encontrar un cuestionamiento que quizá todo mundo ya había plasmado, pero que él, terco, quería volver a plantear, aunque de una manera diferente. Aquí acudía de nuevo a releer a su querido Guillermo Prieto en busca de inspiración; ya

había logrado comprar otro libro titulado *Musa callejera*, que contenía varios poemas jocosos, y se divertía con las descripciones que Prieto hacía de la gente de barrio que vivió hace más de dos siglos. El que más le gustaba era uno titulado “Bolero”, bien picarón: “No está el cielo tan lejos, / que está en tu frente, / y yo para salvarme / quiero *poserte*; / mas tu San Pedro / no quiere que me salve / sin ser mi suegro”.

También el Roque trataba de saber qué sucedía en torno a la cultura mundial del rap, por lo que ahorraba para comprar la revista *The Source*, cuyos ejemplares venían totalmente en idioma inglés y sólo se conseguían en Sanborns a un precio que sobrepasaba su presupuesto. Así que se le hizo costumbre ir a la sección de revistas para hojearlas por largo tiempo, hasta que se le acercaba un dependiente con su clásico saco rojo para preguntarle si compraría algo.

—Nel, carnal —le contestaba el Roque, y se iba a otro Sanborns en busca de sus queridas publicaciones.

También era lector frecuente de la revista española *Hip Hop Nation* (cuyos números a veces venían acompañados de un disco), que le permitió adentrarse un poco más en los orígenes del rap, así como en su trayectoria en varias partes del mundo. No se tenía tan fácil acceso a la información por medio de internet como ahora.







Amigos y aerosoles

El Roque caminaba por las calles con su flamante *discman* marca D-50 (ya que no le alcanzaba para un Sony porque eran bien caros), el cual reproducía formatos CDA (*Compact Disc Audio*) y usaba un rayo láser para leer los discos, razón por la que consumía muy rápido las baterías. En esos momentos, el Roque tenía tres problemas. El primero, que si había demasiado movimiento al caminar, la canción en curso saltaba, lo que era bastante molesto pues se perdía el ritmo de la música (para evitar esto se les agregó después una memoria RAM que almacenaba datos y luego los reproducía, pero su precio era más alto).

El segundo problema era que por andar clavado en su música varias veces casi lo atropellan, ya que no se daba cuenta del tránsito ni de los semáforos, y estuvo a punto de caer en coladeras abiertas por ir muy distraído tarareando sus canciones: todo por disfrutar de su *discman*, el cual reemplazó al nostálgico reproductor portátil de casete (cuando Roque estaba en la secundaria llegó a tener uno, que le colgaba del cinturón y pesaba bastante, pero eran la moda y tuvo sus primeras cintas de rap). Los audífonos te hacían ver como conejo mal parido, con grandes orejotas.

El tercero de sus problemas tenía que ver con su novia: por andar con ella, no le importaba estudiar, no entraba a clases y cada

vez se escapaba más de la escuela. Los resultados de sus exámenes eran pésimos. Ya arrastraba una materia del semestre anterior, se había vuelto flojo, cada vez más alejado de aquel adolescente que era bien rápido en las matemáticas y le gustaba la disciplina.

Para ese entonces los gustos musicales del Roque aún no estaban definidos. En sus *headphones* oía igualmente canciones de grupos pop del momento, como Backstreet Boys, que de bandas como Ska-P (“El vals del obrero”, “Vergüenza”), Salón Victoria (“O.S.S.”, “Nasty uncle hippie”), Los Estrambóticos (“La herida”, “Me enamoré en la cola de las tortillas”), Sonora Skandalera (“Otro día más”), Panteón Rococó (“Marco’s Hall”, “La dosis perfecta”, “Asesinos”), Inspector (“Amargo adiós”), La Tremenda Korte (con su disco titulado *Venga la sentencia*) y Sekta Core! (“El fantasma de la rana”, “Delfino”, “Se te cayó el dick”). También escuchaba grupos de metal como Slipknot (“Wait and bleed”, “Spit it out”, “Left behind”, “My plague”), Metallica (“Enter Sandman”, “Fuel”, “Whiskey in the jar”) y Mushroomhead (“Simple survival”, “Kill tomorrow”, “Come on”).

Molcajetera mezcla de trazos clandestinos con notas infinitas que conformaron su gusto musical contrastante con lo que su mamá hacía sonar en su vieja consola, cantantes como la pecosa Lupita D’Alessio (todavía no se autodenominaba la “Leona dormida” y era abnegada esposa de un jugador de futbol), José José, “El príncipe de la canción” (famoso por un festival musical que ganó con su majestuosa interpretación de la canción “El triste”), o la hierática Manuela Torres, “La mujer que nació para cantar”. La música



romántica era la que más se escuchaba en radio y televisión, sin olvidar que los fines de semana tenía el Roque que soplarle toda la tarde el programa *Siempre en domingo*, que a su mamá le fascinaba y donde, bajo la estricta censura del conductor Raúl Velasco, se presentaban los grupos musicales de moda, pero que al Roque, a diferencia de cuando era niño, le daban sueño y flojera. De esta licuadora musical surgiría más adelante un rapero que no olvidaba su gusto por el grafiti.

Sin darse cuenta, por ir enajenado oyendo su música, había llegado al Tanque. Espantado, se quitó los audífonos y salió corriendo por las callejuelas tratando de no pensar en el encuentro que había tenido tiempo atrás con la Mujer del Velo, pero esto mismo lo hizo darse cuenta de que hacía mucho mucho tiempo que no veía a la banda, al *crew*, ni al Ares ni al Ezka.





Tercer día, 31 de octubre

—¿Quieres cenar, hijo?

—No, mamá.

—Si te da hambre, ahí hay comida.

—Oye, ma, ¿me podrías alivianar con una ‘corta’?

—¿Una qué?

—Una corta feria... Que si me das dinero, es que tengo que comprar unas válvulas para las latas de pintura.

—Ay, m’ijo, un día te van a andar metiendo a la cárcel o, Dios no lo quiera, te van a matar, como al Seco, con eso de que eres el mero mero Ekza.

—Así me dicen, jefecita.

—En fin, es tu vida. Ahí te adelanto unos centavitos.

—Ahora sí, a dormir a pierna suelta...

“¿Por qué me he despertado a esta hora?”. Ezka pensó que porque había cenado bastante (no en balde su figura era rolliza gracias a las abundantes comidas que le preparaba su madre), cuando se dio cuenta de que eran las ¡tres de la mañana!

Despertó por completo y recordó, aterrado, algo que le había dicho el Roque: que como Jesús murió crucificado a las tres de la tarde, su contraparte es la hora satánica de las tres de la madrugada.

Inútil escapar del miedo.

Trató de dormir, pero entre sueños el Ezka sintió que estaba grafitando; el sueño era tan real que los colores irisaban la pared e iluminaban su cuerpo. Una mujer de palidez soterrada, alba como la nieve, cabello oscuro en su rostro delgado, de ojos neblina donde cualquiera se perdería y vestido negro que cubría su desnudez, lo observaba desde la penumbra de la calle, y ya no pudo apartar su mirada de ella.

La sombra se proyectaba más, pero el Ekza seguía pintando con manos sudorosas. Sin poder moverse ni correr, sintió cómo esa mujer se puso a su lado. Bajo ese manto nocturno que cobijaba su silueta adivinó su sonrisa iluminada por los rayos lunares, miró hacia el cielo, el firmamento ausente de estrellas, donde dominaba la esfera lunar, blanca, limpia y luminosa.

Dirigió su vista hacia donde ella señalaba.

—No puede ser —exclamó el Ezka al reconocer en la pared algo que lo aterró.

Por más que gritaba no podía despertarse de la pesadilla en que ahora veía a esa misma mujer bramar de dolor en su cuarto, los ojos desorbitados, su corazón lejos de Dios en busca de la venganza que le ofrecía el santo negro Lázaro, el de los esclavos cubanos, de oscuros milagros y curaciones, que reza al muertero, de morado obispo, el cundeamor, al que se le teje una bolsa con tela roja con diecisiete monedas y diecisiete granos de maíz para obtener escarnio y venganza por parte de san Lázaro, el viejo mendigo con dos muletas, piernas supuradas de llagas, que te cumplía tu petición. A cambio exigía sangre de los sacrificados en su nombre.



“¡¿A qué sabe el paraíso?!”, oyó que la mujer gritaba a san Lázaro antes de mostrar su rostro plegado...

Ezka despertó. Reconoció a la mujer que daba alaridos de dolor, él fue a su velorio. Era la madre del Seco.







El velorio

Ares corría entre las calles torcidas. Trataba de no voltear, los gruesos pantalones de talla muy grande se le caían a cada rato por el peso de las latas de pintura que llevaba en los bolsillos, ya que ni tiempo tuvo de tirarlas; sentía que los policías estaban atrás de ellos; su sudadera blanca, impecable, que recién había comprado en la mañana, se teñía cada vez más de rojo por la sangre del Seco, líquido granada que salía a borbotones por las heridas de bala. Cuando sonaron los balazos, los del *crew*, el Kiwi, el Yesca y el Chaparro huyeron.

—¡Cobardes! —les gritó el Ares porque les valió que el Seco se retorciera de dolor. Ares lo levantó en vilo y sintió cómo sus piernas se destrozaban por dentro, pero no podía dejarlo ahí, era su amigo, era su compañero. Rengueando, alcanzó a llegar a la humilde casa de su carnal grafitero y lo dejó ahí. Ya no alcanzó a escuchar el grito de terror de la madre del Seco al abrir la puerta y encontrar a su hijo que se desangraba.

El barrio, siempre bullicioso, esa noche permaneció en silencio.

A la casa del Seco llegaron sus padrinos de bautismo para amortajarlo y hacerse cargo de los gastos. En la mano del joven, aún con rastros de pintura, le pusieron una palma y con cuidado lo colocaron en el ataúd sobre una mesa cubierta con una manta,

rodeado de panes y frutos. Pronto tuvieron que cerrar la caja, ya que el rostro pálido del Seco adquiría rápidamente un tono ceniciento, desagradable, la piel con manchas y comenzaba a oler bastante bastante mal. Varias mujeres comentaron que ese olor no era normal, pues no había pasado ni un día y el cuerpo se descomponía entre pústulas.

Durante el velorio, las únicas oraciones que se cantaban eran alabanzas o plegarias, con ruidosa mezcla de sonos de violines, rasguear de guitarras, aires musicales. En el patio, cerca de las ollas de mole y arroz, la tía del Seco y sus dos hijos ofrecían a los dolientes café con su chorro de aguardiente, hartos pulque y abundante mezcal, pero a ninguno de los amigos grafiteros se le dejó entrar, por órdenes estrictas de Susana. Los culpaba de la muerte de su amado hijo. Al único que se lo permitieron, y eso porque su mamá era comadre de la tía del Seco, fue al Roque.

Un grito destemplado, brama de espinas, provino de uno de los cuartos.

—Es la madre del Seco —dijeron al unísono.

Los gritos iban en aumento, los golpes contra la pared; los lamentos se tornaron insoportables, el dolor invadía cada rincón con un ambiente de opresión. La mujer salió al patio donde varios hombres tuvieron que sujetarla porque intentaba estrellar su cabeza contra el suelo.

—Está loca —exclamaron los dolientes.

—¡¿A qué sabe el paraíso?! —bramaba una y otra vez la madre del Seco antes de quedarse dormida por los somníferos.



Al día siguiente, el cuerpo del Seco fue llevado directamente al panteón, ya que su madre, antes de perderse entre la locura, se negó a requerir de servicios funerales en la iglesia, lo cual le dolió al cura, que ya contaba con ese dinero para cumplir su firme propósito de comprarse carro nuevo. Inició así, encabezada por los padrinos de bautizo, una concurrida procesión por las calles torcidas del barrio, por las calles polvosas, a la vera de tiendas y establecimientos que cerraron sus puertas en señal de duelo, donde los marchantes se quitaban con respeto sus gorras; atrás iba una escaúilda banda, con un cornetín de pistón, flauta, bombo y timbales, seguida de una cruz cargada por los primos del Seco, con hartos cohetes que rasgaban el cielo.

Ares, el último de la procesión, caminaba con dificultad por sus piernas enfermas. Desde la muerte de su amigo no se había cambiado de ropa, tenía el cabello enmarañado, el rostro con hirsutos pelos de barba, la sudadera blanca cada vez más sucia y raída. Ya no podía dormir, los remordimientos lo envolvían, cada que cerraba los párpados volvía a ver los ojos del Seco que se abrían ante el fin de su vida; sabía que las manos rígidas de su amigo ya jamás tomarían un bote para darle al grafo. Se alejó lentamente, sentía que algo malo le pasaría cuando se quedara dormido.





Ares

Tiene miedo. Busca refugio en los lugares adonde antes iba con el Seco a grafitear —como los túneles del metro—, a pintar con los aerosoles su *tag* para olvidar cuando *ella* se vengó del *crew*: al Kiwi, al Yesca y al Chaparro los hizo sangrar, los cuerpos destrozados, atrapó sus almas para siempre entre paredes, pero a él, al Ares, lo perdonó. Nunca supo por qué *ella* le dio la oportunidad de ¿vivir? Aunque Ares no sabía si eso era vivir: regresar cada año en los meses de octubre y noviembre. Sus miedos se acrecentaron al sentir que *ella* venía entre la penumbra de la oscuridad del túnel: él trata de correr, inútilmente, hacia los andenes... sentado en el metro... la gente engarzada, junta como semillas de granada sin poder moverse... huele a torta de tamal, *¿se los pongo para llevar, joven?*, of course, *más rapidito por favor...* después de los apretones en combis, peseros, chimecos y camiones que se paran cada dos minutos, hay que estar parado... intentar colarse en filas interminables en las taquillas, burlar al poli y meterse por debajo de los torniquetes (un boleto ahorrado es un boleto ahorrado)... sin importarle a nadie que seas jefe de departamento a punto de ser removido, subgerente que carece de título, obrero de salario mínimo, galán de fotonovela, estudiante desnoviado, empleado del mes en un *fast-food*, secretaria que lleva su catálogo para completar la quincena, intendente que

viaja con escoba, o grafitero que busca esconderse de sus remordimientos... revueltos en la verdadera democracia: la del metro... la de la ilusión perdida de algún día tener un carrito aunque sea traqueteado, de la realidad de aprender desde niño a dormir parado, agarrado al tubo para no caerte, a no ponerse cerca de las puertas por aquello de que no te apachurren las manos, encimarse cuando se oye el timbre del tururú... a sincronizarse con los horarios del metro y concertar citas “abajo del reloj” (¿qué haríamos sin ellos, antes de manecillas, después analógicos, ahora digitales, siempre atrasados, pero que cobijan destinos, rompimientos amorosos, citas impostergables?) para esperar a la novia en cada llegada de tren, atisbando entre el turbulento mar de gente pensando que en ese vagón ahora sí viene la chamaca deseada, la noviecita santa... cuando el andén se queda vacío trata uno de tranquilizarse creyendo que en el siguiente llegará, justificando la impuntualidad sin importar que lleve dos horas de retraso... se reconoce a los plantados por el aire de desolación, la mirada de tristeza y porque aún, camino hacia la salida, voltean y voltean con un dejo de esperanza de ¿qué tal si en el otro tren llega?... Ares va parado junto a la puerta, su sudadera blanca cada vez más roja; absorto en un punto indefinido en el suelo, soporta los empujones de esa gente que se desgrana en cada estación... sube en la siguiente parada un chavo de la calle, semidesnudo, pantalón amarrado con un cordel, se pasea en los pasillos con su torso surcado por cicatrices de vidrios, de peleas callejeras, sangre reseca, tatuajes ya casi borrados en sus hombros cenizos, con suciedad pegada en sus pies descalzos... *mira,*



te pido tu apoyo para alivianarme, cualquier moneda será la gran ayuda, según tus posibilidades... mira que voy a acostarme encima de estos vidrios cortados... mira que a nadie le importa, me sangraré y mi piel se teñirá de rojo como semillas de granada... mira que la mujer gorda se hace la disimulada para no verme... mira, el hombre de reloj de tianguis hace gesto de asco... mira que la jovencita de la secundaria abraza más a su novio, mira que si desaparezo nadie se daría cuenta... para revolcarse entre fragmentos hirientes de vidrios que lo rasgarán por una moneda... antes de rodar, de darse mortal marometa, Ares le pone la mano en el hombro, y hosco, agresivo, el chavo de la calle piensa que es un güey manchado o policía... voltea rápidamente para zafarse y retarse a madrazos... las miradas, de rojo intenso, se entrecruzan hermanadas por la misma soledad, sin palabras, entre la indiferencia de la gente, la necesidad de luchar cada día por vivir entre una multitud que devora todo aquello que le es ajeno, mira que no tienes que flagelar tu cuerpo, que es igual que el mío... lejos del gesto de horror, de asco, de miedo... sin hablarse se bajan del vagón en la siguiente estación, semillas solitarias que renacen en busca de la fe en la caridad de la esperanza, juntos se dirigen hacia la oquedad que es el túnel, nadie los detiene, nadie los ve cuando avanzan hacia la penumbra, donde oscila el vestido negro de la Mujer del Velo, que espera pacientemente, al lado de un pardo grafiti, a los dos jóvenes que caminan hacia ella.





Duro entrenamiento

No todo fue miel sobre hojuelas, como reza el dicho popular.

Dicen que la práctica hace al maestro, al igual que la dedicación, y el Roque buscaba esa práctica a diario con el rap, pero un día su mamá le dio un coscorrón cuando estaba sentado en su escritorio.

—Oye, mantenido, ¿y tú cuándo vas a trabajar?

—Pues no lo sé, estoy estudiando —le contestó mientras escondía sus rimas raperas en uno de los cajoncitos.

—¿Y eso qué? No serías el primero que trabaja y estudia.

—Pero aún estoy chico.

—Ya tienes dieciséis años; yo trabajé desde los cuatro.

—Eran otros tiempos.

—Mira, Roque, ya no tengo dinero para mantenerte. Si quieres comer y seguir en la escuela, trabaja.

El Roque salió esa tarde de su casa piense que piense en qué trabajar. Antes de dirigirse a la vocacional, fue a la tienda por unos Cazares y reflexionó sobre lo que pasaba en su vida: su novia lo había terminado y tenía problemas en la escuela, pero si trabajaba de tiempo completo vería truncados sus deseos de ser un rapero profesional. Mientras comía sus frituras sentado en la banquetta, se quedó observando un taller mecánico. “¿Por qué no trabajar ahí?”, pensó.

Se levantó y, limpiándose la boca con la mano mientras guardaba su botana, se acercó a uno de los mecánicos que ahí se encontraban.

—Oiga, ¿habrá posibilidad de trabajar aquí?

—¿Quién, tú? —cuestionó el hombre mientras veía al Roque de arriba abajo, desconcertado por su aspecto físico.

—Es que mi mamá me dijo que tenía que trabajar para aportar un poco a la casa y pagar mis estudios de bachillerato.

—La paga no es mucha, porque en ocasiones hay trabajo y otras no. Pero si quieres te podemos alivianar con algo y sólo sería medio tiempo, para que no descuides la escuela. Vente el lunes con ropa vieja para trabajar.

—En serio, muchas gracias.

El Roque salió feliz del taller mecánico. Tomó los Cazares de su bolsa. Quería ir con su mamá y decirle que ya tenía trabajo. Sus sueños de ser rapero profesional y conquistar al mundo se afianzaban con esta oportunidad laboral. Caminaba orgulloso de su logro, con la frente y el pecho en alto sintió tocar el cielo, pero, justo al dar la vuelta en la esquina, se estampó con una jovencita de uniforme, blusa blanca y falda gris, que le tiró sus frituras.

—Discúlpame, venía distraída.

—No te preocupes, yo igual. Te ayudo con tu mochila.

Mientras Roque la miraba partir, observaba su cabello menearse de izquierda a derecha, pero dejó de hacerlo cuando descubrió que a unos cuantos pasos, en la acera de enfrente, el Ezka y el Ares se burlaban de él. “Hace tiempo que no veía a estos dos”, pensó el Roque y trató de ocultar la cara de asombro que puso ante la chavita.



—¿Qué onda, m'ijo?, te quedaste como chato ante la morra —le dijo Ares cuando ella ya se había ido por las calles de barrio.

—Sí, todo meco viéndola y tus Cazares en el suelo, chavo —se reía el Ezka.

—No se manchen.

Los tres jóvenes comenzaron a caminar por el barrio, por las calles mal trazadas, las banquetas invadidas por puestos de fritan-gas, repletas de carros de ocho cilindros abandonados por sus dueños al no tener dinero para la gasolina. El Roque iba callado, molesto por las burlas de ese par.

—Nel, sin bronca, carnal. Pero mejor tírate un *freestyle* de esto que acaba de pasar —le solicitó el Ezka, quien ya sabía que al Roque le gustaba lo de ser rapero.

—Hoy mi mamá me dijo trabaja, / sé que lo debo de hacer por-que nada del cielo te baja; / ya conseguí chamba en un taller automotriz / y hoy haremos rap, triunfaremos de raíz; / salí emocionado tragando frituras / y a la vuelta de la esquina, zaz, / una de baja estatura, / chica hermosa se estampó contra mi pecho, / al verla aseguré: lo hecho en mi colonia, hermano, está bien hecho.

—Ya déjense de andar con sus jaladas —interrumpió brusca-mente el Ares—. Mírenme, soy rapero y me dicen el Roque, ya que “el punto es expresarte, / la noche no asombra, cobija tus ideas / ver la pinta en la mañana / y que no te la creas”... Yo también pue-do rapear, ni que fuera tan difícil —murmuró en voz baja mientras se iba enojado. Con su sudadera roja deshilachada, se perdió al dar vuelta en una esquina.

—¿Y a ése qué mosca le picó?

—No sé —contestó el Ezka al Roque; pero sospechaba algo, ya que sin darse cuenta estaban en la misma calle donde los policías mataron al Seco.

—Te ves bajoneado, mi Ezka —le dijo el Roque sacándolo de sus pensamientos.

—Sin broncas, mi Roque, todo chido —se despidió rápidamente el Ezka. No quería que su amigo se diera cuenta de lo que en realidad sentía en su interior, de sus temores.

El Roque llegó emocionado a casa con unos tacos campechanos para celebrar.

—Mamá, ya tengo trabajo.

—¿Qué?

—Sí, en el taller mecánico que está acá abajo a unas cuadras. Empiezo el lunes.

—Ya era hora —le dio un coscorrón con sus manos artríticas. Era su particular forma de ser dura, aunque en el fondo así demostraba su amor y su complicidad con Roque, incluso hasta consentirlo.

A partir de ese momento, el Roque aprendió a combinar el estudio con el trabajo. Noches en vela leyendo el diccionario, repasando a Guillermo Prieto. Y también rapeaba de todo: “Pierdes el aliento, sientes que no puedes más, / concéntrate en la meta y no mires atrás. / Un día cosecharás lo que hoy sembraste, / serás el vencedor si a tu miedo te enfrentaste, / si nunca te venciste antes de intentarlo, / si el objetivo diario luchaste por lograrlo...”.

Días buenos, días difíciles, entre autos, herramientas, ritmo, monedas, aceite para motor, grasa, miradas coquetas entre él y la joven con quien había tropezado, la burla del Ares que siempre aparecía cuando menos se lo esperaba y la admiración del Ezka.

—Carnal, ya deja esas tonterías del rap —le recriminaba el Ares mientras saboreaba un picoso pozole con lechuga, rodajas de rábanos, una pizca de orégano, acompañado de tostadas con crema que le había invitado el Roque.

—Nel, m’ijo, amo esto del rap y creo que no soy tan malo para el *free*.

—Pero no vivirás de esto, papá.

—Pensamos diferente. Pero ¿sabes algo?: Jamás pierdas la fe en lo que estás haciendo, / no importa lo que digan, sólo lo que estás viviendo; / no pierdas la calma, observa, calla y lucha, / tienes que sobresalir pues la competencia es mucha; / no dejes de intentar cada día la victoria, / así podrás tener un espacio en la historia.

—Chale, loco, todo lo conviertes en rap —le decía Ares tomando una tostada untada con crema.

—Algo así. Bueno, te abandono, mi niño, que ya son las tres y cuarto y es la hora en que ella sale de la escuela.

Ares trató de decirle algo, pero ya el Roque se alejaba en busca de la jovencita que le había tirado sus Cazares.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, Roque, ¿y tú?

—Mejor ahora que te veo.



—Siempre me ves cuando estás trabajando en el taller —le dijo Carla.

—Bueno, me gustas: tus ojos, tu cabello... —Roque ya no se pudo contener más y rapeó con puro sentimiento—: Eres una diva que miro y me excita, / erótica mujer, dulce señorita, / como pantera sagaz, / como sirena fugaz, / desde el copete hasta el barniz, / tú, la maravilla de este país... / pero, dime, ¿tienes novio?

—No, ¿y tú? —le contestó ella con pícaro mirada.

—¿Te gustaría ser mi novia? —le preguntó el Roque con la mirada hacia el piso, pensó antes de oír el sí, de sentir ese beso, de humedecer sus labios.

Se les hizo costumbre irse a caminar. Roque esperaba a Carla a la salida de la escuela. Con su uniforme y su cabello amarrado se veía más chamaca. Traviesa, ponía en la boca del Roque una pera. El jugo de la fruta escurría por sus labios cuando se besaban.



Cuarto día, 1 de noviembre

—¿Qué transa, mi Ares?

—Listo para la pinta nocturna...

—Ayer me pasó algo superextraño en la madrugada...

—Olvídalo, Ezka.

—Me salí a pintar y entonces...

—¿Ya listo para el Día de Muertos?

Archivos de papel y tinta son recuerdos del amado grafitero. Bendita libertad de ser dibujos de colores, pinceladas en la pared. Hasta mi regazo llegan brasas apagadas del fénix que un día verá la luz mientras surca el cielo, nuevamente resurgido de un pasado que me revela una historia, una vida, la tuya... Tu pasado, tu presente y tu futuro entre mis manos atrapadas por el tiempo, inertes ante tu piel de relleno negro: imposible me es dibujarme si no pronuncio primero tu nombre. Imposible verme si no te miro primero a ti. ¡Creí que la pinta era mía, pero no fue así! Siempre fuiste tú, la leyenda, mi propia historia...

—Chale, despierta, mi Ezka: ¿que si ya estás listo para esta noche...?

—Ah, sí, simón.

—Te tengo una sorpresa.

—Mi Ares, no creo que a estas alturas algo me pueda sorprender.

—Pues deberías de creerlo. Cámara, valedor, te topo a las tres de la mañana. Sé puntual, porque de ahí nos lanzamos al panteón a grafitear tu barda.



—¿Qué? ¿A las tres? No te manches...

Pero ya Ares se alejaba rapeando una canción que el Ezka juraría haber escuchado antes: “Grafitea —entre nuevos amigos y lucidos aerosoles— / mientras escucha en sus audífonos música rap / que resguarda el soundtrack de lo que vivirá: / manos de un pintor / trazando legal o clandestino, / el punto es expresarte, / la noche no asombra, cobija tus ideas / ver la pinta en la mañana / y que no te la creas”.



Prisión de los sentidos

El Roque cayó, como la mayoría de los que llegan a la prisión de los sentidos, por confiado y por malas decisiones. Aunque su forzada estancia carcelera no tuvo el grado de crudeza que padecieron los raperos estadounidenses 50 Cent, Tupac y Notorious B.I.G., los puertorriqueños Tempo y el Mexicano —quien tras salir de prisión mantuvo una encarnizada lucha contra el cáncer— o el solista mexicano Babo, de Cartel de Santa, sí lo marcó para el resto de su vida.

Todo sucedió porque el Roque, al ser grafitero, salía por las noches. En una de sus incursiones en territorio ajeno, fue perseguido por varias personas que le lanzaron piedras, y así fue como conoció a sus “amigos”, a la banda del Century, quienes intervinieron en su defensa al esconderlo de sus perseguidores. Surgió una aparente amistad que Carla y Ares criticaban, ya que varios de esos jóvenes pasaron directamente del Tutelar de Menores a los reclusorios, y de ahí a la calle para seguir de nuevo en el camino de la delincuencia.

La banda del Century daba su versión al Roque de por qué lo hacían: se quejaban de que la vida era muy cara, del alza a los impuestos y a los servicios básicos, de que el gobierno no dejaba espacio ni para un rato de diversión. Pero en realidad el Roque

estaba deslumbrado por el dinero que ganaban, sobre todo el jefe, el Century.

Dispuesto a conocer otro tipo de sensaciones, el Roque aprendió de sus horas en la calle, rodeado de esos sujetos, de la lealtad de barrio que te llevaba a morir pero jamás delatar a un camarada. Realmente tenía todo lo que le hacía falta a esa edad, pues jamás se había quedado sin un plato de comida en la mesa, aunque humilde, y siempre le sobró amor. Su mamá habló con él acerca del camino que estaba recorriendo. Fiel a su costumbre, después de tres veces sólo atinó a decirle:

—Mira, Roque, tú no entiendes y por ese camino tarde o temprano vas a caer. Deseo de todo corazón que “tus amiguitos” te saquen de ahí y te apoyen.

Mas él no comprendió su preocupación; creyó que sabía más que su madre. Relacionado con ese tipo de gente y en actividades que ellos hacían —si bien nunca llegó a asaltar a una persona—, conoció al que la mueve, al que vende aparatos electrónicos de dudosa procedencia a un precio bajísimo. Además, ya estaba fuera del reglamento de la voca por haber reprobado materias en el tercer semestre y por sus constantes ausencias del salón de clases, así que su vida se perfilaba más al declive. Sólo se juntaba con sus nuevos camaradas. Ingería sustancias prohibidas cada vez con más frecuencia, se apartó casi por completo del grafiti, abandonó la amistad del Ezka e incluso dejó de salir con asiduidad a la calle. Se recluyó en su habitación.

Los problemas en su casa aumentaron porque faltaba a su trabajo. El mecánico lo corrió sin miramientos. Al Roque no le



importó. Cínico, le echó la culpa a la vida, al destino, pero jamás asumió que era su responsabilidad. Porque nos podemos quedar sin casa, sin trabajo, sin dinero, pero siempre echándole la culpa a alguien más.

Carla se fue alejando por el modo de vida que llevaba su novio. Intentaba hacerlo cambiar. Por las tardes, al salir de su nueva escuela se escapaba con el Roque. Juntos se iban a caminar fuera del barrio. Pensaba que de esa manera él se daría cuenta de que había otros lugares, otras posibilidades, algo diferente a lo que sus supuestos amigos le enseñaban. De nada sirvió. Jamás cambiaría. Carla tuvo que terminar su noviazgo. Ella no derramó ninguna lágrima frente a él, pero su corazón deshecho estaba entre sus manos.

Un día sucedió lo inevitable. A eso de las once de la noche la madre del Roque se retiró a dormir. Ya que no podía conciliar el sueño tan fácilmente debido a los constantes dolores que tenía en el cuerpo por el cáncer que la consumía, tomaba medicina que la sedaba y la desconectaba de lo que ocurría a su alrededor. Fue cuando el Roque recibió una llamada: los tipos con los que se juntaba le pedían que les ayudara con algo que necesitaban guardar. Ingenuamente, aceptó. A las doce volvió a sonar el teléfono:

—¿Qué onda? Ya estamos aquí, ábrenos —le pidió el Century—. No te cuelgues, que tenemos prisa.

El Roque tomó sus llaves y salió a abrir.

—Necesitamos un paro, que guardes esto y pasamos mañana. Toma para que te alivianes —le dijo el Century al momento de pasarle un fajo de billetes.

—No, cómo crees, lo hago de cora... ¡Pero qué carajo es todo esto! —exclamó el Roque cuando de la camioneta empezaron a descargar artículos eléctricos y cajas empaquetadas—. Métnlo rápido en la sala, ya después me hago cargo.

Al poco tiempo de que el Century y su gente se fueron, llegó una patrulla de la policía —sin luces, en silencio— a la casa del Roque. Entraron, sin previa orden de registro, por las ventanas, saltaron la cerca metálica que separaba el pequeño patio destrozando las macetas de barro, pisando las flores que su mamá cuidaba con esmero. Detuvieron al Roque y fue puesto a disposición de la autoridad como el peor de los criminales, por ser presunto cómplice. En ese momento, entre las arcadas del vómito por el miedo que tenía, el Roque comprendió que guardar objetos que fueron robados a otra persona se considera un delito. Así que al más puro estilo Hannibal Lecter fue conducido en ropa interior a una unidad, bajo la mirada asombrada y el morbo de sus vecinos. A su mamá la despertaron a la fuerza y, a pesar de sus dolores, fue obligada a subirse a la patrulla sin entender bien lo que sucedía.

—Ay, Roque, te dije que no me embarraras —le susurró cuando ya estaban arriba de la unidad, más que con temor, decepcionada de su único hijo.

—Mamá, por favor ayúdame.

—¿Y cómo quieres? Ahora sí echaste todo a perder.

—Yo no hice nada, te lo juro.

Los policías rieron. ¿Cuántas veces no habían escuchado esas palabras y la inútil negación?

—Roque, estoy detenida. Dijeron que era tu cómplice.

La mamá del Roque también hubiera sido encarcelada a consecuencia de las acciones de su hijo de no ser por la intervención de un primo del Roque que en aquel entonces fungía como mayor de la policía judicial y que fue avisado por uno de los vecinos.

Pasa demasiado lento el tiempo cuando se está en la parte trasera de una patrulla. Los asientos de duro plástico parecen de piedra, lastiman la espalda; el piso de metal gris, oloroso a orines y vómitos. Las escenas desfilan en cámara lenta a través de los vidrios polarizados, las calles, las personas, los establecimientos, las luces que por largo largo tiempo ya no se verán.

En la delegación lo examinaron para determinar su edad, su condición física y si venía con algún tipo de hematoma producido quizá por un golpe del honorable cuerpo de justicia (son muy astutos los policías: pegan en lugares donde saben que no causarán ningún moretón que se pueda observar posteriormente, o provocan “accidentes” en que te hacen tropezar para patearte en el suelo o estamparte la cabeza en la puerta de la patrulla). Por ser menor de edad, el Roque sería conducido al Consejo Tutelar.

Al principio de su estancia en los separos no entendía por qué lo habían despojado del cinturón y de las agujetas del calzado, hasta que la desesperación y la ansiedad que le producía el estar encerrado en un espacio tan pequeño lo hizo comprender, ya que en esos lugares se experimentan deseos suicidas con tal de salir de ahí aunque sea muerto. Roque se sentía más que preparado para lo que estaba sucediendo y lo que vendría posteriormente, pero nadie

te puede preparar para lo que no sabes. Aprendió a valorar las cosas con las que contaba afuera, como una simple comida:

—¿Me podría servir un poco más de carne?

—Claro, ínflale —le ordenó uno de los policías.

—¿Cómo dice?

—Que le infles, no te hagas.

—No comprendo.

—Bombones —le dijo al tiempo que lo obligaba a inflar los cachetes para soltarle una cachetada—. ¡Tome su comidita!

En el interior de la prisión de los sentidos, el Roque no era una persona, sólo era un número más, un uniforme que constaba de pants y sandalias, sin ropa interior, a la espera de saber qué clase de gente encontraría ahí.

—¿De dónde eres?

—Observatorio, ahí por la Cove. ¿Y tú?

—Yo soy de la Yarda 15, en Santa Fe.

—Órale, qué chido, en ocasiones andaba por allá grafiteando.

—¿A poco le dabas al *graf*?

—Un poco.

—¿Y por qué estás aquí?

—Pues dicen que por robo a casa habitación.

—No la vas a chispar.

—Pero yo no hice nada.

—Eso decimos todos.

—Neta, lo malo es que me encontraron el puro embarque.

Me pusieron dedo.



—Ojetes. ¿Y los conoces?

—Según eran mis cuates, mis amigos.

—Cuates mis aguacates y ni se pelan. No te agüites, carnalito.

—¿Y a ti por qué te apañaron?

—Robo de automóvil, pero el ruco al que se lo bajé me lo quebré. Para mi suerte, me agarraron con todo y ruco en la cajuela.

—¿Es la primera vez que entras?

—No, carnal, es la tercera, pero hay que tirarle pa Adela. ¿Es tu primera vez?

—Sí.

—No te agüites. Ese compa que ves ahí está más jodido que tú: tiene doce años y violó a su hermana; imagínate lo que le harán aquí. Usted la tiene más leve, carnal...

—¿Cuántos años tienes?

—Quince.

En esa noche, solo, lejos de sus seres queridos, acostado en duros tablones, temblando de miedo, con arcadas de angustia, atrapado en la desesperación, la ansiedad, el frío, la incertidumbre, el Roque pidió fuerzas para sobrellevar la consecuencia de sus actos. Ya entre sueños, tuvo la revelación de verse rapeando ante un auditorio inmenso, con un nutrido público de niños y personas adultas que movían sus cabezas al ritmo de sus rimas y gritaban eufóricos su nombre. Tuvo la certeza de que algún día viviría de su música y sus letras. A partir de ese momento, la cordura y la tranquilidad volvieron a su persona. Encontró de nuevo en el rap la esperanza pequeña pero infinita para mantenerse vivo.



—Tienes visita —le gritaron.

Roque pensó que era su mamá, pero era el Ares, con su clásica sudadera roja cada vez más raída, que le llevaba unas tortas de milanesa con queso. Comieron en silencio. Al despedirse, Ares le susurró:

—No les des el gusto de que te vean vencido.

El Roque logró salir de la prisión de los sentidos gracias a que su primo y su mamá presentaron los reconocimientos —medallas y diplomas— que había ganado durante diez años en la escuela lasallista, argumentando que un estudiante con esa educación no podía haber orquestado una acción como el robo del que lo acusaban y que era víctima de un ‘cuatro’, una trampa por parte de los verdaderos delincuentes. Su madre lo esperaba afuera del Tutelar y le cubrió la cabeza, ya que se tiene la idea de que cuando un exrecluso sale libre y ve hacia atrás, regresará. El Roque vagó entre la indiferencia de la gente, sin que a nadie le importara su frustración, la pena, la humillación, la tristeza. *El mundo es tuyo*. “No, ya no”, pensó con rabia.







El regreso

No soñaba. Ni con la Mujer del Velo ni con su futuro. El Roque tuvo que esperar a que concluyera el ciclo escolar, el tercer semestre de la vocacional, para poder continuar sus estudios. Aunque nunca los maestros o sus amigos insinuaron nada de su estancia en la prisión de los sentidos, el Roque sabía que lo hacían cuando no estaba presente. Varias veces tuvo que borrar de las paredes de los baños las alusiones y bromas en torno a él. Pero después de un tiempo dejó de importarle y procuraba convivir más con su mamá, que se debilitaba día a día por el cáncer que le carcomía los huesos. Estaba más centrado y lo que quería era ser rapero profesional. El *freestyle* se le convirtió en costumbre. Lo mantenía vivo, experimentaba una emotividad que lo hacía salir de su habitación. Esperanza pequeña pero infinita: el Roque comenzó a escuchar más rap, aunque sin dejar de lado la música que le había gustado antes, ya que estaba seguro de que un rapero, como artista y músico, se complementa con otros géneros para lograr darle un *plus* a sus canciones.

—Hablas puras tonterías y ni se te entiende —le decía Ares cuando lo escuchaba improvisar, pero con el gusto de verlo libre, al comerse unos tacos al pastor sin piña, harto chile, cilantro y cebollita que el Roque, para variar, le había invitado de buena fe. Juntos rapeaban el fragmento de una rola: “Amén. Estoy aquí de pie con

vida, / soporten a Tempo mientras yo viva, / yo represento a los que no tienen salida, / a las esquinas, la pobreza, / por eso el bajo mundo a mí me inspira...”. Era la canción “Amén” del rapero David Sánchez, mejor conocido como Tempo, de origen puertorriqueño, que junto con las de Coolio fue una de las canciones que marcaron a los raperos, pues el contenido reflejaba la cruda perspectiva que tenía la gente en ese entonces hacia ellos mediante el seductor toque del *ego trip* (enaltecer las cualidades personales en una canción hasta la grandeza), o con exponentes como Daddy Yankee (figura destacada del género musical reguetón pero cuyos orígenes fueron en el rap, con una de las mejores métricas que el Roque había escuchado), ya que de eso se trataba: el buen rapero puede rimar sobre cualquier pista o *beat*.

Roque también escuchaba a Lito y Polaco, cuyas letras hablaban sin cortapisa, sin censura, de la descarnada realidad y la violencia en las calles que los jóvenes de escasos recursos sufrían, lo que le hacía recordar cómo sus ojetes “amigos” lo habían traicionado y le pusieron una trampa: “No todo el que te ayuda es tu amigo, / no todo el que te da la mano es tu hermano. / Discúlpame si ya no confío, / estamos viviendo en un mundo frío”. Lito y Polaco (considerado como uno de los duetos con mayor habilidad para la “tiradera”, el *beef*, la disputa entre raperos que esgrimen su ingenio en sus canciones) le recordaban al Roque lo que hicieron en la década de los años ochenta del siglo pasado, en el ámbito popero, la cantante Paulina Rubio con el tema “Ese hombre es mío” y la desafiante respuesta de la deslumbrante y ronca Alejandra Guzmán con “Hey,



güera”, cuando se peleaban por el amigo de los acondicionadores para el cabello Erik Rubín, del grupo Timbiriche.

Otros cantantes que el Roque llegó a escuchar a principios del tercer milenio eran MC Ceja (contado entre los pioneros del rap en Puerto Rico) y Vico C (el padre del rap latino, cuyo éxito más sonado fue “Me acuerdo”, y quien posteriormente se convirtió al cristianismo), con canciones como “La esquina”: “Esta es la esquina donde abunda el dolor, / esta es la esquina donde asaltan y matan, / esta es la esquina donde falta el amor, / por donde los alcaldes ni pasan”.

—Escucha la rola, está bien chida —le aconsejó el Ezka emocionado, su cuerpo rollizo se movía de un lado a otro. La canción le recordaba la muerte del Seco.

Ésa fue la última vez que el Roque vio al Ezka y ni siquiera tuvo tiempo de platicar con él, porque el grafitero tenía prisa por encontrarse con Ares y darle al grafo.

A pesar de que el Roque respetaba a los raperos estadounidenses (Run-DMC, Public Enemy, Tupac Amaru Shakur, Notorious B.I.G., KRS-One, MC Lyte, Guru, Wu-Tang Clan, Jay Z y Nas), le era fiel a los mexicanos. Entre otros, le gustaban H Muda y su clásico “Soñando despierto”; el colectivo Vieja Guardia, precursores del rap en México junto con Boca Floja; Magisterio (su integrante Ximbo fue de las primeras en hacer rap en el país al formar con Malike el grupo TDM, a la par que Jezzy P y Luz Reality daban vida al dúo Pollos Rudos), Control Machete (su tema “Sí, señor” se haría famoso al ser parte del *soundtrack* de la película *Amores perros*), Caballeros del Plan G, así como los pioneros 4to del Tren y Sindicato del Terror.

El Roque se dispuso a buscar más rap en español, ya que, a pesar de que comprendía las letras en inglés, no entendía al cien por ciento los temas, la mayoría de las veces por la rapidez con que rapeaban y el argot utilizado, lo que le hacía extrañar la canción “Gangsta’s paradise” de Coolio, que ahí sí le entendía todito. Fue así como compró discos de raperos españoles: Nach Scratch (considerado un poeta por la temática e interpretación de sus letras), VKR (Verdaderos Kreyentes de la Religión del Hip Hop, pioneros del rap en España), Falsa Alarma (y su tema “Unámonos”), Arianna Puello (quien en realidad es de República Dominicana pero hizo carrera en España), la Mala Rodríguez (con temas clásicos como “Tengo un trato”), Violadores del Verso (grupo integrado por Lírico, Maestro Sho-Hai, R de Rumba y Kase.O) y los siempre fuertes de casa: SFDK (cuyo integrante MC Zatu realizaría varias colaboraciones con raperos mexicanos).

Para el Roque, el rap tenía algo de lo que otros géneros musicales carecían: veracidad, crudeza, enfado, expresión, libertad, amor y originalidad, además se sentía identificado por haber estado en la prisión de los sentidos como algunos raperos. Le llamaba la atención ver cómo en la pantalla chica el rap comenzaba a comercializarse con la curvilínea actriz y cantante Thalía, quien después de su participación en el grupo Timbiriche (la canción “Princesa tibetana” se convirtió en himno de la generación popera mexicana de los años ochenta del siglo xx) y tras el éxito de la telenovela *Quinceañera* (al lado de una jovencita Adela Noriega, Ernesto Laguardia —el inolvidable Pancho— y el gandalla de Sebastián Ligarde, con su



expresión “Serenito, moreno”) protagonizó el melodrama televisivo *Mari Mar*, donde su fiel compañero era un perrito llamado Pulgoso —con su simpática frase: “¡Pa su mecha!”—, el cual, al cambiar de empresa e irse a TV Azteca —bueno, no el perro, sino su dueño y manager—, protagonizó en el Canal 7 la telenovela *Trick Track*, cuyos perrunos rapeos eran interpretados por la voz de Claudio Yarto, ex-vocalista del grupo Caló; la letra era algo así: “Trick Track, chulitos, es mi nombre / y voy ladrando y rapeando, no te asombres, / yo sólo hablo con la gente que es buena / y a los malos los muerdo aunque les duela”. También le gustaba al Roque ver la serie de televisión *The Fresh Prince of Bel-Air*, conocida en México como *El príncipe del rap*, protagonizada por Will Smith (quien comenzó como maestro de ceremonias del grupo DJ Jazzy Jeff & The Fresh Prince, el cual formó junto a su amigo de la infancia Jeffrey Townes y Clarence Holmes, conocido como Ready Rock C). Este trío rapero fue famoso por sus canciones cómicas, como “Summertime”. En la serie, Smith daba vida al personaje Will, quien, con el fin de evitar problemas con unos tipos de su barrio en Filadelfia, se mudó a Los Ángeles con su tío rico Philip Banks, su tía Vivian y sus cuatro primos, además del fle-mático mayordomo Geoffrey. El Roque no se perdía ningún capítulo. Le daba mucha risa cómo Will, muchacho de barrio pobre, jugaba al baloncesto, rapeaba y tenía dificultades con su tío —que a pesar de su origen humilde, era un respetable juez de California— debido a los modismos, la vestimenta y hasta la forma distinta de ver la vida, con graciosos malentendidos que debían resolver a medida que comprendían cuánto tenían en común como familia.



—M'ijo —le gritó su mamá desde la recámara, de la que ya casi no salía, postrada en cama debido al cáncer que le descalcificaba los huesos—, no se te olvide que mañana vamos a ir al panteón a llevarle flores a mi comadre...

—¿Tu comadre? —preguntó el Roque, distraído.

—Ay, Roque, ¿pues cuál ha de ser? La tía del Seco.

—¿Y para qué?

—Mañana se cumple un año de que su hermana se suicidó. Sirve que también le llevamos flores a la tumba del Seco.

El Roque suspiró al apagar la televisión. Se dio cuenta de que hacía mucho mucho tiempo que no soñaba con la Mujer del Velo.



Ya se le subió

La manera de improvisar del Roque le permitió ganar seguidores. Un día, en la vocacional, un grupo de raperos dieron un concierto y al final los chavos tuvieron oportunidad de subirse al escenario a hacer un *freestyle*. Roque aceptó. Al momento de pasar experimentó en su estómago esa sensación de mariposas que te da el primer amor —aunque en realidad era principio de gastritis—. A punto de salirse del pecho el corazón para darlo en sacrificio a ese momento que juraría que fue único, un parteaguas en su vida, sus pulmones fueron dos guerreros que sólo esperaban la orden para ir al campo de batalla en primera fila. En el instante en que empezó a improvisar sintió un escalofrío que le recorrió la punta de la uña del pie y fue subiendo por las piernas acompañado de un leve temblor que le hacía evocar a un venado recién nacido tipo Bambi. El auditorio empezó a corear su nombre y las cabezas que se movían de arriba abajo acompañaban las manos en el aire. Se dio cuenta de que necesitaba los aplausos y estar arriba de un escenario; recordó la revelación que tuvo cuando estaba en la prisión de los sentidos y eso lo animó más.

—Prendiste al público bien cañón —le dijo el Ares, su rostro con ojeras perennes y descansando sus piernas enfermas, mientras se comían con fruición unas gorditas de chicharrón con quesillo para festejar el triunfo del Roque.

—Ni te trabaste —comentó el Toby, el nuevo amigo del Ares, un chavo que traía los párpados hinchados y el cabello ondulado sin peinar, de voz conciliadora, casi un susurro, como si tuviera miedo de incomodar.

El Roque iba a preguntar por el Ezka, pero en ese momento, gracias a su habilidad como buen improvisador, varias chicas se le acercaron.

—Ahí nos... ahí nos —les dijo con actitud cortante, altiva y desdenosa. Engreído, ni siquiera se tomó la molestia de despedirse de esas admiradoras.

El Roque tuvo su primera batalla de *freestyle* ante un amigo de la infancia bien corpulento, pero jamás se acobardó:

—Deja de sentirte rapero con tu garra guarra.

—El poder está en la mente, / así que me quito la chamarra; / ahora dime ¿qué podrás decirme / si tu *free* es como tu comida, / pedazo de chatarra? —contestó el Roque.

—A mí no me impresionas con tu palabrerío, / de ti yo me río.

—Usan una mentada a falta de vocabulario, / el rap lo hago diario, / su rebeldía es la grosería, / enfrente de su padre todos dicen ¡madre mía!... —remató el Roque.

Para un grupo de chavos, Roque había ganado. Pero se dio cuenta de que en ocasiones no es cuestión de que rimes bien o que los *punch lines* sean devastadores y aplastes a tu contrincante, sino, sencillamente, que lleves más porra.

—Caray, mi Roque, como los grandes de la charanga —lo animaba Ares masticando un chicle después de haberse comido unas



doraditas flautas de barbacoa con crema y lechuga picada que le había invitado su amigo.

—Simón, carnal, ‘vientostadito’ el panecito —aceptaba con sus Cazares en la mano.

Sin embargo, junto con esas muestras de aceptación hubo también rechiflas del público, ya que al paso del tiempo el Roque dejó de preocuparse por pulir sus rimas o reescribirlas para posteriormente grabarlas. Aunque estaba en una espiral de ascenso, tarde o temprano volvería a donde empezó, al suelo, pero esta vez con el peso auestas de que ya había logrado forjarse una profesión a futuro. Lejos de sentirse agradecido por la admiración que inspiraba, se sentía engrandecido por su rap. Le aconsejaban que grabara y escribiera sus rimas pero, terco, no lo hacía, no mostraba ni el más mínimo interés por conseguir gente que lo grabara o le produjera sus primeros *beats*; se la pasaba perdiendo el tiempo en las canchas de basquetbol con su rap en el *discman*. Excelente máscara para no mostrar sus verdaderos sentimientos, pues... ¿cómo decirles, si él mismo no entendía por qué extrañaba a Carla? No aceptaba que diariamente pensaba en ella y susurraba su nombre ante esa incertidumbre que es el amor, que te confunde, te rasga por dentro.

Días en que Carla deambulaba por las calles del barrio. Llevaba la cuenta de los días sin el Roque. Sufrimiento que nunca cicatrizó. Infinidad de horas hirientes. Deseaba verlo. En los anocheceres, en los amaneceres de la delgada frontera del sueño, Carla soñaba que estaban ella y el Roque sentados en la fuente, el agua brillaba con las gotas que caían en su regazo.



Cuando dejó sus cavilaciones, el Roque iba a preguntarle al Ares qué había pasado con el Ezka, pero aquél y su nuevo amigo el Toby ya se habían marchado de la fiesta.





Freestyle

—Nos vemos a las once en el metro Barranca del Muerto.

—Va.

Así fue como el Roque conoció al Armyk. Después de chocar las manos y presentarse, se lanzaron a la colonia Puerta Grande, donde iban a grabar por invitación de un colectivo de jóvenes que ya llevaban varios años en ese ambiente. Al llegar el Roque al domicilio se dio cuenta de cómo era un estudio casero: la computadora estaba frente a la cama, el micrófono al lado, una silla y listo para grabar.

—Pues cámara, Roque, empiézale a escribir —le dijo el Armyk.

—¿Cómo?

—Que empieces a escribir para grabar, ¿qué no eres rapero?

—Sí.

—Pues dale.

Aunque el Roque se la pasaba improvisando, con buenas críticas por la manera en que lo hacía, conviviendo con gente más involucrada en este género musical, en una fiesta con sus cuates de la voca en la colonia Olivar del Conde, conoció a los que eran y son considerados pioneros del rap en México, la Vieja Guardia, quienes le comentaron que improvisaba bien, pero en esos momentos frente al Armyk el Roque no sabía cómo hacerlo, cuándo

detenerse, ni idea de cómo estar ante un micrófono, la métrica, la voz, la estructura de una canción. No obstante, logró escribir unas rimas y las dejó fluir en el micrófono: “Simples son mis letras pero dejan almas muertas, / puedes creer en una piedra que después te descalabra, / en el micro te degüello como cabra, no es un abracadabra, / tampoco es misticismo, / el cielo ha seguido con lo mismo”. Estaba emocionado por haber grabado su primer tema.

—Estuvo chido, mi Roque, me latió cómo le pegas.

—Gracias, carnal.

—Te busco en la semana para mandarte la rola y agendar cuándo le caes con el Richy a grabar.

—Simón.

En el transcurso de esos días el Armyk le habló por teléfono para decirle que ya se había agendado la cita para que fuera a Iztapalapa a grabar con el Richy. Llegó el día y, con su característica desorganización personal y desidia, el Roque despertó tarde, por lo que salió corriendo de su casa para treparse, literal, en el metro y llegar al domicilio del colectivo de los raperos. En el viaje, por pura nostalgia se asomó por las ventanillas para ver la oscuridad de los túneles donde años atrás había plasmado sus primeros grafitis.

Con el Richy todo fue un desastre. Desafinó, no entonó, gritó. Ser rapero era más difícil de lo que suponía.

—¿Qué onda? Ya me enteré de que la chafeaste —le recriminó el Armyk.

—Algo así.



—El Richy está bien enojado. Me dijo que cómo era posible que le llevara ese tipo de gente que no se rifa. ¿Qué te pasó, si cuando nos vimos lo hiciste bien?

—Me puse nervioso.

—No jodas, carnal. Ya hablé con el Richy y vas a volver a grabar, pero esta vez hazlo bien, porque no es tan condescendiente como yo.

El Roque no replicó. Entendió que tenía una nueva oportunidad. Ese día ya no regresó al barrio; caminó rumbo a la fuente que había encontrado en sus travesías raperas, adonde siempre iba con Carla a comer sus Cazares. Ahí comenzó a bocetar sus rimas. El sonido del agua al caer en el plato de la fuente le daba un ritmo, plas, plas, plas, que conjuntó con sus versos; decidió plasmar esto en sus rimas, darles un nuevo sentido, no limitarse a lo individual sino hacerlo universal, explorar otros espacios, pero por estar entretenido en sus reflexiones y comiendo sus frituras no se dio cuenta de que era observado por Carla, quien salía de la escuela donde cursaba el bachillerato. Ése fue el principio de la carrera profesional del Roque. Tiempo después debutó ante casi tres mil personas en un evento realizado en Iztapalapa.

—Cámara, banda —fue el grito que el Roque dejó salir en cuanto se subió por primera vez a dar un espectáculo profesional como rapero.

Nervioso ante el público. Aprendiendo a la mala.

Por su clásica dejadez de no ensayar previamente, en aquel su primer concierto desentonó: el *beat* se rayó. No llevaba un disco de

repuesto. El Roque no permitió que continuara el *beat* e hizo una seña para que lo cortaran y pusieran el siguiente. Se hizo una rechifla general.

Respiró profundo y empezó a rapear. Para él, ese instante era único, en ese momento el universo y su palabra se volvían uno solo, fluían con naturalidad, era ese instante de clímax que prevalece y nada ni nadie puede detener. Esta vez logró que varias personas siguieran el ritmo.

—Quiero ver a todos con las manos en el aire. Quiero ver a todos con las manos en el aire, en el aire, dice así...

Aprendió que al escenario se le respeta. Para llegar lejos hay que ensayar día y noche, tener humildad, ya que abajo de la tarima eres uno más.

—Quítate, Belinda —le gritaban los asistentes en un nuevo evento en que rapeó, ya que al subirse a la tarima el Roque inició su presentación con ritmos más electrónicos, lo cual era mal visto por los puristas del rap.

Al momento de escuchar los gritos comenzó a burlarse de la concurrencia como ciertos luchadores lo hacen sobre el cuadrilátero cuando la afición les recrimina las rudezas innecesarias ante los técnicos.

—Cámara, no escucho sus mentadas de madre —retaba el Roque con sendos movimientos de su antebrazo hacia atrás. Se dio cuenta de que el público era una nueva generación de chavos como él. El rap permanecía en el gusto de los jóvenes.

—¿Cómo te fue?



—Bien, ma. Estuvo de aquéllas, bien cañón, el disco de las pistas se volvió a rayar y me quedé todo chato, hasta me chiflaron, pero ya después estando ahí trepado y viendo a esa gente no me quedó de otra más que rapear. Tuve la idea de que yo iba a divertirme, no a divertirlos a ellos, y lo que opinaran de mí no me importaba.

—Ya ves, te dije que ensayaras. Mira, ten esto —su mamá se quitó un anillo de plata en forma de cobra enroscada con ojos rojos brillantes y se lo dio.

—Es tu anillo favorito.

—Sí, lo sé, pero así cada que vayas a rapear te acordarás de tu madre —Roque se colocó el anillo—. Mañana voy a ir a la clínica del Seguro Social. Me operan por el cáncer —le dijo tranquilamente.





Finales

—¿Crees que salga de ésta? —le preguntó su madre al Roque.

Roque no contestó de inmediato. Le recargó la cabeza de hilos blancos en una almohada de escaso relleno. El bochorno que se sentía en el cuarto era por la indicación del doctor de cerrar las ventanas, pues la señora sentiría mucho frío debido a la anestesia. La habían dado de alta en el Seguro Social el día anterior. Los doctores hablaron con el Roque y le recomendaron que la llevara a su casa, era mejor que su madre estuviera en su habitación; el cáncer la había devorado por dentro sin ningún límite y sólo quedaba esperar el momento final. Recostarse sería inútil. No hay sueño, sólo la necesidad de que todo termine. La luz amarillenta iluminaba el frágil cuerpo de la mujer; la bata descubría su piel con puntos blancos, lacerada, las pantorrillas cubiertas con calcetas de algodón que ocultaban las cruces floreadas de sus várices. Su voz después de la pregunta se volvió inteligible, pero su respiración era cada vez más difícil y su mirada se perdía. Roque tomó su mano delgada y le respondió con absoluta seguridad:

—Sí, madre, saldrás de ésta.

El rap estuvo ahí, le permitió entender que su madre ya estaba agotada por un cáncer que le carcomió los huesos a lo largo de su vida, que era el momento de que reposara para siempre, y le dio

la fuerza para estar de pie mientras el cuerpo iba descendiendo hacia el oscuro, frío y eterno hueco donde descansarían sus restos. El sepulturero terminaba de acomodar la tierra, aplanar los bordes, clavar la pequeña cruz de madera, colocar trapeado el tepetate, encimar los ladrillos, quitar los restos de cal, regar las flores, recortar la maleza con su pala oxidada, recoger las hierbas, y al finalizar pidió con ronca voz al Roque: “Una moneda, compadre...”. El Roque le dio su propina e improvisó un pequeño *freestyle* en homenaje a su madre, en su dedo llevaba el anillo de plata que ella le había regalado: “Digan algo de mí / que aún yo no haya dicho, / que soy al que mamá / cumplió cualquier capricho; / el rap lo hago por amor / y porque me sobra talento, / jamás lo hice por moda / ni por pasar el momento”.

Recordó que un día su mamá le preguntó: “Hoy eres rapero y mañana ¿de qué vivirás?”. Volvió a su mente la revelación que tuvo durante su estancia en la prisión de los sentidos de verse rapeando ante un nutrido público de niños y personas adultas que movían sus cabezas al ritmo de sus rimas y gritaban eufóricos su nombre, de que algún día comería de su música y sus letras. ¿Había fracasado? “No. Eso jamás”, se juró a sí mismo. Decidió que, si ya había dejado todo por seguir un sueño, no le quedaba más que seguir hacia adelante porque ya no podía regresar. Ese sueño era el rap. No la fama, sino el gusto de que lo oyeran. El Roque comprendió, después de tantos años, de sus yerros, de sus travesías raperas, de sus días en la prisión de los sentidos, que la mayoría de los raperos mexicanos, a diferencia de otros, pocas veces se



preocupaban por portar tal o cual marca de ropa; ellos se subían al escenario y daban su espectáculo sin importar si las prendas que vestían eran o no de marcas famosas. Se acompañaban de sus principales fundamentos: las ideas, y eran éstas las que retumbaban en la mente de los *rapescuchas*, haciéndolos mover la cabeza de arriba abajo, con las manos al aire, coreando canciones jocosas, sátiras, de protesta, de barrio, de ego. Estos raperos mexicanos ya tenían lo que quizá muchos buscaban en ese entonces: un lugar donde expresarse con libertad y gente a la cual pudieran llegar con sus propuestas.

El Roque pensó que la tarima, el escenario, esperaba para que él reclamara de nuevo su lugar dentro del rap. Sus años de vivir en el ambiente le hicieron considerar que el artista está comprometido consigo mismo a evolucionar para no estancarse, a ofrecer cosas novedosas y de calidad. El rap también es expresar lo que pasa en tu entorno y la perspectiva que se tiene de las cosas que observas.

Al terminar de poner flores en la tumba de su madre, el Roque se dio cuenta de que Ares estaba junto a él.

—Mi madre murió en pleno Día de Muertos... ¿Sabes qué, mi Ares?, esta noche se te va a cumplir: te acompañaré a grafitear —le dijo fraternalmente.

—No, mejor no —le contestó el Ares tras larga pausa en que su mirada se extravió en las rugosidades del tiempo—. Tú sí eres banda, me diste de comer cuando los demás me hacían a un lado por mi apariencia y no les importaba que tuviera hambre eterna. Además, *ella* sabe que tú también has perdido a un ser querido. Eres mi



carnal... Ahí para la otra —le susurró Ares mientras se alejaba cojeando para perderse entre las tumbas.

El Roque se despidió de la gente que lo había acompañado al sepelio. Dio las gracias a la tía del Seco, quien no paró de rezar durante el entierro, y comenzó a caminar fuera del barrio, de sus calles entrelazadas y callejones intrincados. Sus pasos lo llevaron hacia el camino de tezontle, donde se encontraba la fuente a la que siempre iba con Carla y, como todos los días, la esperó. En esos momentos el Roque se dio cuenta de que había olvidado preguntarle al Ares qué había pasado con el Ezka.



Quinto día, 2 de noviembre

—Pensé que no vendrías.

—Lo siento, mi Ares, es que... ¿Y los demás del crew, el Kiwi, el Yesca, el Chaparro?

—Créeme, mi Ezka, ellos ya están allá en el Tanque desde hace mucho tiempo. Sígueme los buenos.

—¿Pues por dónde andamos? Después de la última callejuela ya perdí la orientación.

—Ándale, a pintar esa pared que su destino es...

—Ares, ¿dónde estás? No me dejes solo con esa señora...

—¿A qué sabe el paraíso?

—No, pues, la verdad no sé a qué sabe, señora. Es más, ahí muere; ya me voy.

—Trazos cósmicos, caricias que son ráfagas de color sobre la pared, sobre mi piel descarnada, el sonido del aerosol agitándose como el de tu corazón al borrar el disparo, ocre encendidos que iluminarán mi camino de regreso al tiempo centenario plasmado en instantes fugaces, pinturas de marcos infinitos, bosquejadas, pintadas, aprisionadas. ¿A qué sabe el paraíso?

—Tranquila, señora, yo recojo mi mochila, mis latas y ahí la vemos...

—Deja todo, Ezkadi Hernández.

—¿Cómo sabe mi verdadero nombre?

—Sé todo de ti... *Ve lo que te ofrezco, la eternidad plasmada en cal y canto.*

—*Tus dedos toman mi mano, guían mis trazos, me pides que te acompañe, dices que ya no quieres estar solita, allá, donde nada existe. Eres lo prometido por Dios, pero negado al mundo. ¿Cómo no seguirte? Siempre a tu lado, sin correr, sin moverse.*

—*Tú eres inmortalidad, querido Seco, hijo mío.*

El Ezka ya no puede decir más. Siente que la oscuridad de la calle da paso a una intensa luz que ilumina esa pared, que surge de cada uno de los ladrillos; rugosas varillas y alambazón atraviesan su cuerpo que se convierte en una pasta sangrienta, de pastosos colores que se integran a la pared, los músculos granada se pegan a los poros del encalado, los huesos se pulverizan entre arena y mezcla para ser parte de ese grafiti que retrata el último momento del Seco ataviado en sus grafos, las balas dirigiéndose hacia él, rodeado del Kiwi, el Yesca, el Chaparro y ahora el Ezka, que agoniza entre el insoportable dolor de sus huesos que se funden en la pared...

La Mujer del Velo suspira. Se aleja lentamente del Tanque, de ese grafo, rumbo a la barda descascarada del panteón. El vestido flota lejos del suelo. Con su hueca garganta susurra palabras en idioma desconocido; voltea el rostro descarnado ya sin velo y sonríe al ver la aterrada mirada del grafitero en esa pared que lo albergará por siempre.

Acuclillado, Ares la espera sobre la banqueta cubierto con una sudadera roja raída y deja de dormir al sentir su presencia.

—*El siguiente año... otro... —clama la Mujer del Velo antes de disolverse en la penumbra.*

Ares se levanta con dificultad y se dirige hacia las callejuelas del barrio, su cabello quebradizo cae de su cráneo cubriendo el suelo, la sudadera roja raída son hilos, los ojos están fijos en el infierno que se abre ante él, donde buscará inútilmente la redención ante las culpas que flagelan su alma.





Giampre
fuiste tu



Primer día, 29 de octubre

Y en la pared oculta entre pasto, árboles y barrancas, apenas alumbrada por solitario farol, se vislumbra entre la neblina de las tres de la madrugada el grafiti perfecto, lleno de color, de trazos cósmicos, el retrato ideal donde se detiene el viento, el tiempo. En el centro, con “bombas” y letras brillantes, la frase “Siempre fuiste tú”.

—¿Ya viste, Ares? —le dijo el Toby, los párpados hinchados, el cabello ondulado sin peinar, con su rostro de niño eterno, su voz conciliadora, casi un susurro, como si tuviera miedo de incomodar.

—Órale, está chido el grafo —le contesta el Ares apenas levantando la mirada mientras se acomoda la sudadera blanca.

—¿Quiénes son los del retrato que acompañan a ese tal Seco y firman como el Kiwi, el Yesca, el Chaparro y el Ez...?

—Qué nervios, mi Toby, hoy será tu primera pinta con todo el crew para ver si te aceptan. No vayas a fallar porque mamita te regaña...



Índice

De un fantasma chocarrero	9
<i>Primer día, 29 de octubre</i>	19
Travesías raperas	23
Ser diferente	33
Pura música	35
Roque conoce a Guillermo Prieto	43
El barrio	47
La Mujer del Velo	53
“El mundo es tuyo”	57
<i>Segundo día, 30 de octubre</i>	61
<i>Ser grafitero no es fácil</i>	65
Como te ven, te tratan	69
Amigos y aerosoles	77
<i>Tercer día, 31 de octubre</i>	81
El velorio	85
Ares	89
Duro entrenamiento	93
<i>Cuarto día, 1 de noviembre</i>	99
Prisión de los sentidos	101
El regreso	111

Ya se le subió	117
<i>Freestyle</i>	121
Finales	127
<i>Quinto día, 2 de noviembre</i>	131
<i>Primer día, 29 de octubre</i>	135

Mario Alberto Medel Campos “Efyl Rotwailer” (México D. F., 1985) es escritor y promotor de lectura. Con el proyecto “Rap y literatura: leer para niños y jóvenes” obtuvo mención honorífica en el Premio al Fomento de Lectura y Escritura México 2018. Fue ganador del Certamen Histórico-Biográfico sobre Hechos o Personajes Destacados, Puebla 2019, con el texto *Fiestas poblanas. Crónica periodística de la inauguración del ferrocarril (25 de agosto-23 de septiembre de 1869)*; mención honorífica en el Concurso de Crónica Ciudad de México 2019 con *Recuerdos entre rieles*, y segundo lugar en el 2º Premio Carlos Monsiváis de Crónica Breve “Prosas de la Ciudad” 2020 con *De fantasmas y leyendas bajo el Covid-19*. Es autor de *Mi hermana es rapera* y coautor del libro proyecto PACMyC *La Industrial. Tradiciones, estampas, sucesos y leyendas (1900-2014)*. Desde 2014 es miembro de la Asociación de Cronistas del Distrito Federal y Zonas Conurbadas, A. C.

Eligio Ortiz Santana ha participado como ilustrador, entre otras, en las revistas *Castálida* y *Magisterio*, publicaciones de la Secretaría de Cultura y Turismo del Estado de México (antes Instituto Mexiquense de Cultura) y de la Dirección General de Educación Normal de la Secretaría de Educación de la misma entidad. Ha ilustrado libros para el Consejo Nacional de Fomento Educativo y para el Fondo Editorial Estado de México (destacan *Vámonos de pinta*, de Gabriela Peyron, y *Un lugar para conocer y aprender: Zacango*, de Arlette López Trujillo, FOEM, 2016). Fue ganador del Primer Concurso de Grabado convocado por el Museo de la Estampa del Estado de México; ganador de la imagen del Festival Internacional de Arte y Cultura “Quimera”, en 2001, organizado por el H. Ayuntamiento de Metepec. Ha montado exposiciones individuales y colectivas a nivel estatal, nacional e internacional. Actualmente labora en el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal mexiquense.





La Mujer del Voto (Tercera reimpresión), de María Alberto Model Campos "Ely" Robalillo", se terminó de imprimir en septiembre de 2021, en los talleres gráficos de Juan S. A. de C. V., ubicados en Avenida Morelos Córdova núm. 109, zona 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportos II, C. P. 90225, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica Garamond Book Basis, de J. Victor Garibay, de la fundidora SH. Internacional. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz e Ivana Beatriz Herrera. Formación, prueba y supervisión en imprenta: Eligio Ortiz Santana. Cuidado de la edición: José C. Méndez Paredón, Beatriz Cirilo Ricardo (como parte de un servicio social) y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.









Roque pretende convertirse en un rapero de los buenos y ser reconocido. Por eso lee para acrecentar su vocabulario y mejorar sus rimas. Es lo suyo. Pero su madre enferma no está de acuerdo; le preocupa el futuro de su hijo. Inmerso en el mundo del rap y el grafiti, Roque la pasa bien con sus amigos Ezka y Ares, con quienes en las noches sale a expresar sus ideas e inconformidades con pintas en muros o en los túneles del metro, a pesar de que a los riesgos de sus correrías nocturnas se ha sumado uno más: la Mujer del Velo, un espectro que ha sembrado el miedo en el barrio. Las calles no son tranquilas, y menos desde que esa figura tétrica deambula en las madrugadas, acechando. Se dicen muchas cosas acerca de ella, pero lo cierto es que, misteriosamente, en los primeros días de noviembre, algunos grafiteros han desaparecido cerca del Tanque.

